

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — Tomo VII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 15. — N° 167.

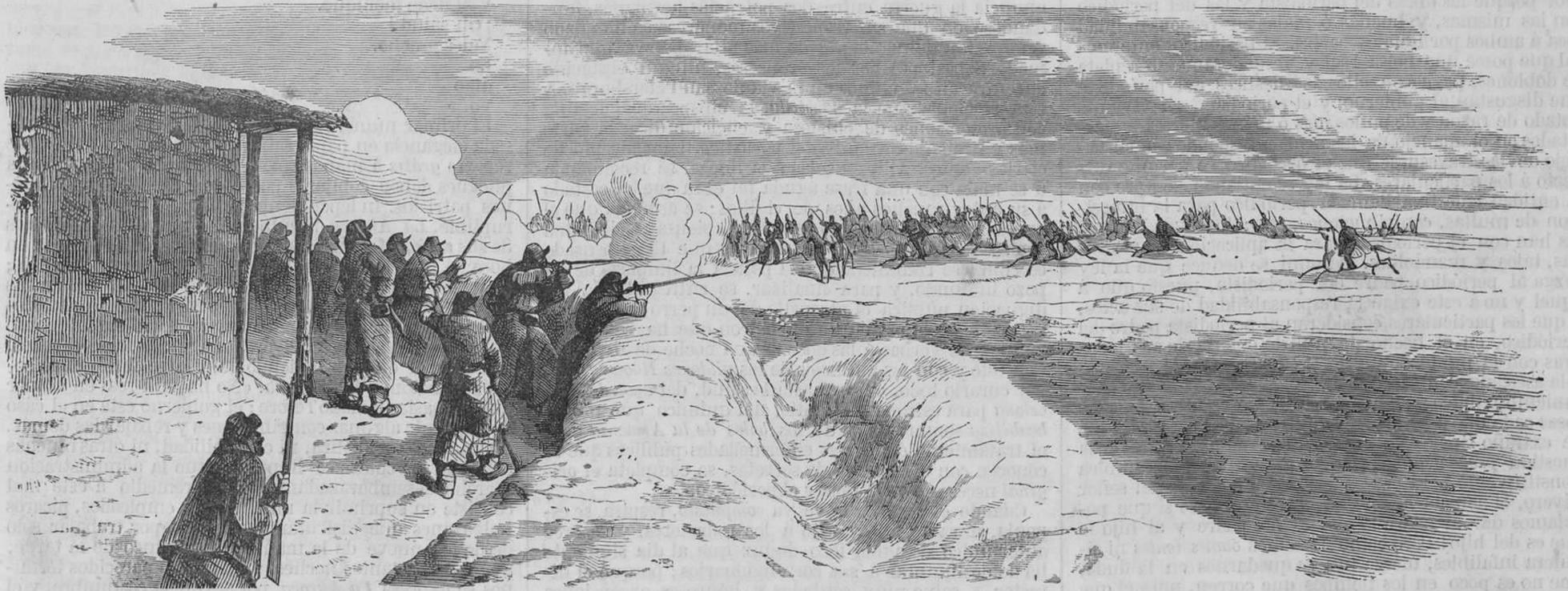
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 40, en Paris.

SUMARIO.

Reconocimiento operado sobre los hielos, en el Liman; grabados. — La comedia periodística. — Revista de Paris. — La Casa de la Moneda de Paris; grabados. — Epístola

á Pedro. — Hombres ilustres de la América española. — Kinburn; grabados — Exposicion Universal de la Industria. — Los bailes. — Corral de maderas; grabado. — El puente de Arco sobre el Ardeche; grabado. — Recuerdos del Asta; grabados. — Valeriano. — Bombay; grabados.

El reconocimiento operado en el Liman por el comandante Dupui de la *Tonnante* es un episodio interesantísimo. El destacamento encargado de una mision especial se componia de sesenta hombres con un obus de campaña, y salido á eso del mediodía por un tiempo muy claro, avanzó sobre los hielos siguiendo el canal



Una escaramuza de avanzadas en Kinburn.



Reconocimiento operado sobre los hielos, en el Liman.

que habia quedado libre en medio del Liman hasta la distancia de mas de 40 millas de los buques y Kinburn.

El objeto de la expedición se llenó completamente; pero todo el mundo tuvo un instante de inquietud bien natural. A eso de las cinco, una niebla densa oscureció el horizonte hasta el punto de que á dos pasos no se veía. Los rusos distinguieron al destacamento sobre los hielos, de modo que habia campo libre para todas las suposiciones; pero en fin, á eso de las nueve de la noche volvió el destacamento despues de haber tenido el mayor trabajo para dirigirse.

La comedia periodística.

PERSONAS.

EL DIRECTOR.	EL REVISTERO.
EL REDACTOR DE FONDO.	EL TRADUCTOR.
EL REDACTOR DE SUELTOS.	EL GACETILLERO.
EL REDACTOR-TIJERA.	EL EDITOR RESPONSABLE.
EL REDACTOR-SABLE.	EL REPARTIDOR.

Advertencias. — La acción pasa en toda España y en ninguna parte.

Los personajes son retratos sin original.

ARTICULO PRIMERO.

Al escribir las líneas que van estampadas al frente de este artículo, hásenos ocurrido una cuestión previa que quisiéramos dilucidar ántes de seguir adelante. Héla aquí planteada: ¿el periodista es padre ó hijo del periódico? — Vamos por partes, pues, aunque parezca paradoja, hay padres que muy bien pueden ser hijos de sus hijos, é hijos que sin gran inconveniente pudieran ser padres de sus padres.

Dice un antiguo proverbio—muy democrático por cierto y entregamos esta observación á los que se creen inventores de la democracia—que *cada cual es hijo de sus obras*, dando á entender que ni los merecimientos ni las faltas de los padres alcanzan á los hijos; pero en el caso presente de nada nos sirve la autoridad del proverbio, porque las obras del periodista y las del periódico son las mismas, y buenas ó malas su responsabilidad toca á ambos por iguales partes. El periódico, ente moral que posee una bolsa real y verdaderamente repleta de doblones, paga con ellos los deslices del periodista que disgustan al gobierno; y el periodista, sér viviente dotado de razón y de puños mas ó menos fuertes y ejercitados en el manejo de las armas, responde con su pellejo de las travesuras que el periódico se permite respecto á los particulares. La ley se entiende siempre con la entidad colectiva llamada periódico para la imposición de multas, contribuciones, etc.; los ciudadanos se las han con el periodista para la aplicación de estocadas, tajos y mandobles. De aquí se deduce que la ley juzga al periódico padre del periodista, puesto que á aquel y no á este exige la responsabilidad de sus actos, y que los particulares consideran al periodista padre del periódico, en el hecho de pedirle cuenta de sus palabras con la punta de un florete ó el cañon de una pistola asestados contra su pecho. Y cuando la ley y el sentimiento público andan en esto como en otras muchas cosas cada uno por su lado, cual ovejas descarriadas, ¿qué de extraño tiene que no nos atrevamos á resolver la cuestión *progenitorial*? ¡Oh, y quién fuera Asamblea Constituyente para poseer, según la doctrina del señor Rivero, el don de la *omnisciencia*! Entónces sí que podríamos dar al padre lo que es del padre y al hijo lo que es del hijo! Pero como no somos *omniscientes* ni siquiera infalibles, fuerza nos es quedarnos en la duda, que no es poco en los tiempos que corren, pues el que duda entre el bien y el mal, todavía es bastante honrado para arrepentirse y creer.

El periódico vino al mundo ántes que el periodista; fué su precursor, ó como si dijéramos su San Juan. Esto sin embargo no da al periódico derecho alguno al título de padre, porque el periodista existía ya, si bien en estado rudimentario y como el feto de los marsupiales ántes de su completo desarrollo, que no puede asegurarse que ha nacido, ni tampoco que ha dejado de nacer. En los primeros tiempos del periódico llenaban sus exiguas columnas algunos hombres ilustrados que tomaban el oficio por distracción á sus tareas científicas, literarias, artísticas ó administrativas. El periódico vivía de lo que le daban, como las órdenes mendicantes, y su editor, nuevo Pedro el Ermitaño, iba de casa en casa predicando una cruzada en favor de las letras (este tipo dejó retoños que viven todavía.) Fray Bartolomé de las Casas demostró ménos celo por civilizar á los indios que el antiguo editor demostraba por civilizar á los blancos, ignorante de lo peligroso que es un empacho de civilización. Reunido ya el *original*, el editor lo arreglaba allá á su manera, y á costa de grandes dispendios y de muchas noches de vela hacia sudar á sus prensas cada ocho ó cada quince días una hoja tamaño como un papel de cigarro, que era leída y releída con religioso respeto por las personas de distinción y acaudaladas. ¡Qué prestigio el del periódico! ¡con qué precauciones se prestaba por un amigo á otro! ¡entre qué bonitas carpetas se guardaba como oro en paño! Nació el periodista propiamente dicho y el periódico pasó del despacho á la cocina, y de la cocina... sabe Dios adonde!

No es nuestro propósito trazar la historia del periodismo para venir á sacar en limpio que lo que parece el apogeo de su fortuna es su decadencia y su ruina; otros

desempeñarán con gusto esta tarea, que para nosotros, periodistas há luengos años, sería por demás enojosa.

El periódico es hoy en día una disforme hoja de papel á veces del tamaño de una vela de navío, impresa por las cuatro caras. La primera página la ocupan los *artículos de fondo* (fondo que en muchos de ellos no se encuentra) y los *sueルト* (demasiado sueltos en ocasiones.) Si el periódico es ministerial, el artículo de fondo canta indefectiblemente las alabanzas del gobierno en todos los tonos imaginables, y termina asegurando que el país náda en la abundancia; los sueltos bailan al mismo compás y dan cuenta de asombrosas negociaciones financieras al 75 por 100 llevadas á cabo por el ministro de Hacienda, celoso administrador de los intereses públicos, cuentan por maravedises los capitales extranjeros que de un momento á otro *van á venir* atraídos por las dulzuras de la situación, y en prueba del admirable orden que reina en la península, gracias á lo populares que son los gobernantes, hacen notar que durante la última semana no han ocurrido sino una docena de motines, treinta amagos de id., y seis descubrimientos de sociedades secretas. El periódico de la oposición afirma bajo su palabra que en el país, (¡siempre el país!) anda la de Dios es Cristo, y que su estado es hasta tal punto angustioso, que dentro de poco tendríamos que hacer copias á la última peseta, como los súbditos de Carlos V se las hicieron al último ducado (1). Despues de lo sueltos viene el *extracto de la sesión de Cortes*, extracto exageradamente parcial en que se advierte al público con mucha prosopopeya que el diputado N. puso una cara de vinagre ó guiñó el ojo al decir tal y tal cosa, y que el ministro * (nos abstenemos del uso de iniciales porque no se crea que aludimos á cualquiera de los trescientos y tantos ministros que han ocupado las poltronas y apoltronádosese en los últimos veinte años); y que el ministro * tiene la fea costumbre de rascarse la oreja cada vez que la oposición le da una embestida. Las *noticias extranjeras y de provincias* las adereza también cada periódico á gusto del paladar de sus lectores, ó lo que es lo mismo, en el extranjero y en provincias *no pasa lo que pasa*, sino lo que el periódico quiere que pase. El uno resucita los muertos; el otro mata los vivos; este ve indicios de paz en el hecho de romperse la crisma dos naciones enemigas; aquel anuncia la guerra entre dos potencias hermanas, fundándose en que sus respectivos monarcas se han dado un apretón de manos; el de mas allá observa que tomado Sebastopol por los franceses, ningun obstáculo encontrarán los chinos en la vía de San Petersburgo. A esta sección sigue la *gacetilla*, la chispeante *gacetilla* con pretensiones de chistosa y enciclopédica, la parte mas entretenida y útil del periódico, en concepto de ciertas gentes. Allí, en solas seis líneas, se recomienda ó se mata con una frase aguda tal obra que ha costado á su autor muchos años de vigiliias; se anuncia que el Sr. N., bastante conocido en su casa, piensa escribir una comedia cuando acabe varias otras que tiene pensado escribir; se recomienda á la policía la limpieza de un pozo inmundo, y para finalizar, se entregan á la indignación pública el atropello de un perro faldero por un coche y la osadía de un ladrón que ha robado un pañuelo de yerbas á las doce de una noche de invierno. Con esto y con los anuncios de las *pildoras Howay*, que por curarlo todo, curan hasta la salud, del *agua de Barcelona* para estropear el citis, del químico que *imperbeabiliza* sombreros, y de los *bolos de la Armenia* para el tratamiento de ciertas enfermedades públicas que se conocen con el nombre de secretas, se completa el *original* necesario para llenar el periódico.

Cuando el director lo ve ya *compuesto*, respira, se esponja, mira de alto á bajo á los redactores, y se cree autor único de aquel foco de luz que al día siguiente ha de deslumbrar á sus correligionarios; porque el director — salvo muy contadas y honrosas excepciones que pudiéramos citar con orgullo — es el grajo de la fábula engalanado con plumas de pavo real.

El director suele no haber escrito una línea en su vida. Es hombre de dinero ú amigo de uno que lo es, y ha fundado el periódico para labrarse por manos ajenas una posición política. Allá cuando estudiaba, pues donde Vds. le ven ha cursado primero y segundo año de filosofía, tuvo por discípulos á tres muchachos que luego se hicieron por su propia voluntad *representantes de la opinión* en otros tantos diarios, y representando... representando llegaron á ocupar el uno, gran canonista, el ministerio de Marina, el otro militar distinguido, la primera secretaría de Estado, y el último, consumado economista, la cartera de Gracia y Justicia. Y como que para los ambiciosos vulgares todos los tiempos son lo mismo, imaginándose que los pueblos no aprenden cosa de provecho en la desgracia, el director futuro sueña con discursos parlamentarios, con preámbulos de decretos, con casacones bordados de oro, y con

(1) In rei veritate: este monsieur de Xebres, gobernaba al rey por su tierna edad; era hombre sabio pero sediento por dinero tanto como Horacio cónsul romano, y aunque fuese hombre virtuoso en las cosas, esta negra codicia obscurece lo bueno. Este monsieur de Xebres pareciéndole bien los ducados de á dos, una moneda que el rey D. Hernando y la reina Doña Isabel mandaron labrar, traía en la corte y en las demás ciudades y villas de estos reinos acémilas con costales llenos de reales, y daba veinte y tres reales por un ducado, valiendo él veinte y dos, de manera que en pocos días los apocó, y al que quedó hiciéronle un villancico que decía:

Señor ducado de á dos;
No topó Xebres con vos. »

(MANUSCRITO de la Biblioteca Nacional de Madrid.)

elefantes, camellos, hipopótamos ó borregos pendientes de su pescuezo en sendas cintas de mil colores, desde el momento que se le ocurre seguir las huellas de sus discípulos. Cálase un día el sombrero y vuela mas bien que corre de imprenta en imprenta, de una á otra fábrica de papel, suda y tra-uda para encontrar operarios, casa donde establecer la redacción, fundiciones, y sobre todo carpintero que le haga una lujosa muestra en que poner en letras gordas, para que lo lean los chicos.... ¿Qué pondrá? Claro es que el título del periódico; pero el periódico aun no tiene título, y aquí empiezan los apuros del director.

— *La Monarquía*; dirán que es reaccionario. *El Cometa*; anuncia desgracias. *El Caos*; huele á republicano. *Las Calamidades públicas*; es muy progresista... ¡Qué diablos! si se tratara de un periódico satírico, con ponerle *El Trabuco*, *La Tía Pelendanga* ó *El Soplamocos* habíamos salido del paso, que con nombres de tan buen gusto se bautiza á las publicaciones de este género; un periódico serio debería titularse.... ¡Ah! *La Aurora*; di con un título astronómico que hará fortuna. La aurora disipa las tinieblas, luego *Aurora* significa — ¡adelante! ¡abajo todo lo existente! ¡viva la Pepa! ó cosa por el estilo.

Orgulloso con su nueva posición el director comienza á hacerse el ocupado y el abstraído. Si sale á la calle anda á paso de locomotora en ferro-carril no español; si está en casa no recibe; en el café medita; en el teatro duerme. Los hombres de Estado no se divierten jamás; quédese eso para los espíritus superficiales que no echan sobre sus hombros la pesada carga de hacer felices á catorce millones de almas.

El director se propone desde luego imitar el estilo de E. Girardin, y para ensayarse escribe á su padre una carta en rengloncitos cortados que le hacen asemejarse á la cuenta de la labandera.

« Padre:

No estoy bueno.

¿Porqué?

Porque estoy malo.

Me duelen:

La cabeza;

El pecho;

Los hipocóndrios;

Y el dedo meñique.

¡Oh salud!

Valeš mucho.

Lo

digo

yo. »

El primer número de *La Aurora*, impreso con desusada elegancia en papel satinado y con tinta inglesa, se reparte *grátis* á manos rotas; es la bandera bajo cuyos pliegues deben cobijarse por doce reales al mes los buenos patrios. Independiente, imparcial, severo, incorruptible, *La Aurora* disculpará los mayores desaciertos de sus amigos, y anatematizará el Evangelio mismo en boca de sus adversarios. La patria se hunde sin remedio; es, pues, necesario que cada partido se encastille en sus postres (vulgo principios) para que quedando abandonada ó débilmente sostenida se venga al suelo cuanto ántes. No hay carreteras pero hagamos ferro-carriles, como aquel que no teniendo camisa se ferió unos soberbios botones de pechera. «No hay un real en el por antonomasia llamado Tesoro; el gobierno está en el caso de suprimir algunas contribuciones y rebajar las demás. No tenemos estadística, ni contabilidad, ni otras muchas cosas sin las cuales es imposible que la administración marche desembarazadamente; el remedio á este mal consiste en suprimir la mitad de los empleados, pícaros holgazanes que disfrutan un sueldo por trabajar solo desde las nueve de la mañana á las cinco de la tarde, amen de bastantes noches. » En estos ó parecidos términos se expresa *La Aurora*, por seguir la costumbre, y el director queda admirado del talento con que ha sabido... leer y corregir las pruebas de lo que escribieron los redactores, á quienes darémos á conocer en el segundo artículo, completada que sea la biografía del protagonista de esta *Comedia*.

CÁRLOS DE PRAVIA.

Revista de Paris.

Un anticuario muy conocido en Paris, M. C. Sauvageot, ha sido agraciado esta semana con un empleo de conservador honorario en el Museo del Louvre. Hé aquí como explica un periódico el motivo de este nombramiento:

« M. C. Sauvageot regala al Museo del Louvre la preciosa colección de objetos de la Edad-Media y del Renacimiento que fué la constante ocupación de su vida. Hace mas de treinta años, mucho ántes que se hubiesen puesto á la moda esas curiosidades que hoy se disputan á precio de oro, M. Sauvageot, guiado por un gusto exquisito y seguro, reunía esa multitud de obras de arte que hoy llenan el pequeño aposento donde rara vez penetran ojos profanos. Sería imposible enumerar las riquezas de esa colección única en el mundo. Porcelanas de Bernardo de Palissy y de Enrique II; marfiles esculpidos formando cofrecillos, espejos, etc.; figurillas y medallones de madera que el tiempo ha cubierto con los tonos del bronce florentino; esmaltes de Limoges; cristales de Venecia donde la elegancia de la forma lucha con la ligereza de la materia; retratos históricos del siglo XVI; joyas y mil objetos que es mas fácil admirar que describir, todo se amontona ó brilla sobre los

muebles, sobre las mesas, sobre las paredes y obstruye los rincones.

» Para reasumir en dos palabras la víspera del día en que M. Sauvageot ofrecía al director general de los Museos imperiales regalar su colección al Estado, un especulador inglés le ofrecía por ella la suma enorme de 100,000 pesos fuertes. Pero ¿qué hacer con ese dinero? Todo él no habría podido dar al anticuario esos queridos objetos en que se complace su vista hace tanto tiempo. Y luego, ¡qué dolor ver que todas esas maravillas se adjudican en pública subasta al mejor postor y se esparcen por todo el universo! Lo mismo en el presente que en las perspectivas del porvenir semejante espectáculo es terrible para el que sabe apreciar y sentir vivamente.

» Por eso es preferible que toda esa colección vaya al Museo del Louvre, y que todos esos objetos entre los cuales no hay uno que sea de origen dudoso se coloquen anchamente en el Museo. Pero era justísimo que el anticuario fuera con sus antigüedades, y en efecto se establecerá con ellas en el Louvre.

» M. Sauvageot no ha querido aceptar mas que un cuarto para vivir y un título, á pesar de las mas vivas instancias á fin de que no pareciera que había hecho una venta. Además se reserva el goce exclusivo de su colección que no será pública sino á su muerte. Dios quiera que esto no suceda hasta dentro de muchos años, primero por sus amigos y luego por la colección, pues M. Sauvageot es hombre que la aumentará continuamente.

Por extraordinario vamos á dar hoy á nuestros lectores en esta revista algunas noticias literarias de la semana.

Hace pocos días el *Moniteur* ha publicado un decreto importantísimo para la literatura clásica. El objeto de esta decisión es reunir y dar á la estampa las obras de los antiguos poetas franceses á expensas del gobierno imperial. Esta gran colección se compondrá de 40 tomos de 60,000 versos cada uno. La primera serie encerrará los poemas nacionales sobre las costumbres caballerescas de Francia y de Inglaterra; seguirán después los poemas de la antigüedad sagrada y profana divididos entre los principales episodios de la historia griega y romana desde Hércules hasta Alejandro y desde César hasta Atila, luego las novelas de aventuras, y por último los poemas satíricos y alegóricos. Se destinará una serie particular para los poemas menos extensos y otra para los poemas dramáticos. Será una obra magna que si existiera en todas las naciones donde ha habido una literatura nacional, facilitaría sobremanera el estudio de las antiguas letras.

M. de Lamartine, el incansable autor de tantos libros de fama, ha concebido el pensamiento de una obra que no podrá ménos de tener la acogida mas favorable en el mundo todo. Esta obra se titula *Curso familiar de literatura*, y en ella se propone analizar la literatura universal de todas las épocas, de todos los pueblos y de todos los idiomas, apreciar las obras, comentarlas y juzgarlas con crítica mesurada é imparcial, presentarlas mas bien en ejemplos que en reglas á la razon de los lectores y todo de un modo sencillo, cual conviene para ilustrar aun á los entendimientos ménos literarios. En suma, no piensa escribir un curso de retórica, sino de discernimiento y de buen gusto y en forma de diálogo. Saldrá cada mes un tomo.

Esta obra de la cual parece tiene escritos ya varios volúmenes, se continuará cuando ménos cuatro años, y reuniendo los doce *Entretiens* de cada uno se formará en breve un curso completo de literatura para las bibliotecas particulares. Toda la prensa francesa ha elogiado cual se merece esta idea del gran poeta, del célebre orador, del eminente publicista que baja, digámoslo así, de su glorioso pedestal para difundir en el seno de las familias las nociones mas nobles y elevadas que se desprenden del estudio general de todas las literaturas.

Otro escritor francés tambien de nombradía y que con carácter muy distinto se dirige tambien á las masas, principió la semana última la publicación en folletines de una novela titulada la *Femme de lettres* que prometía dejar atrás todas sus elucubraciones anteriores. Queremos hablar de M. Eugenio Sue, escritor de un mérito incontestable, pero que habiéndose consagrado á la propaganda social, segun él dice, y anti-social como dicen otros, deja marchitar de día en día sus laureles verdaderamente literarios. Su nueva obra vivió poco, pues apenas se habian visto de ella tres folletines, cuando tres líneas del mismo periódico en que salía á luz nos anunciaban « que por causas independientes de la redacción y del autor, la novela en cuestión dejaba de publicarse. »

No es posible seguramente hablar de novedades literarias en Paris sin que al punto no se venga á la boca el nombre de Alejandro Dumas. ¿Qué editor nos dará por fin una edición completa de sus obras? ¿Qué Biblioteca las reunirá? ¿Podremos esperar que un día se dará un catálogo de todas ellas, siquiera sea para contarlas? Su fecundidad va en progreso con los años. — En su folletín del último domingo, M. Alejandro Dumas echaba la siguiente cuenta de sus escritos en el corto período que habitó en Bruselas, esto es, desde diciembre de 1851 hasta enero de 1854. Traducimos el párrafo :

« En ese tiempo, dice, escribí los cuatro tomos de la « Conciencia » el « Inocente, » los seis tomos del « Pastor de Asbourn, » los cinco tomos de « Isaac Laquedem, » los diez y ocho tomos de « Charny, » los dos tomos de « Catalina Blum, » y doce ó catorce tomos de mis « Memorias. »

Total, cerca de cincuenta volúmenes en poco mas de dos años. Pero es de advertir que no todas estas obras se han dado á la estampa : unas se han quedado en la cartera del autor, otras están principiadas y suspendidas indefinidamente, y otras se hallan en curso de publicación, sin que el autor descienda á decirnos para que año aproximadamente estarán terminadas.

Pero nos lamentábamos sin razon hace un instante de no poseer ni siquiera un catálogo de las obras completas de este autor, cosa en que todavia no ha parado su atención ningun gobierno; si solo se trata de contarlas no hace falta ninguno, pues el mismo Alejandro Dumas lleva una cuenta muy exacta de sus producciones. ¿Desea saber el lector á qué número alcanzan los tomos que lleva publicados? El mismo folletín de que hemos traducido el párrafo anterior nos lo declara : M. Alejandro Dumas lleva escritos hasta el día 2 de marzo de 1856 la friolera de MIL DOSCIENTOS TOMOS. ¿Quién por jóven que sea podrá decir : Yo me atrevo á leerlos?

De la literatura pasamos sin otra transición á un pequeño bosquejo de costumbres que podrá quizá tener su utilidad para los que vienen á Paris sin experiencia y sin guía :

En ciertas épocas del año, y estamos ahora en una de ellas, se ven circular por Paris largas columnas de individuos de aspecto singular. De día andan por las calles siguiéndose como las hormigas, y de noche se instalan en las galerías de los teatros, graves y silenciosos como quien se encuentra en tierra extraña. Son los parisienses de provincias.

El parisiense de provincia es en su localidad el que da la moda, pues se supone que ha venido á buscarla á Paris por las épocas en que la capital se viste de nuevo, pero como estas épocas son precisamente aquellas en que los provincianos de todos los departamentos caen en Paris, sucede con frecuencia que uno del Norte que encuentra á otro del Mediodía, exclama en voz baja :

— ¡Dios mio! ¿esa es la moda? No me gusta, pero en fin, hay que pasar por ello, es la moda.

Y se lleva á su departamento las caricaturas de otro mas ó ménos próximo.

Esta imitación del corte de ciertas rarezas es tanto mas perdonable cuanto que á nadie perjudica, y que suele procurar á la primera mitad del mundo la ocasión de burlarse de la segunda.

Peró si el corte y la hechura de los vestidos entran desde su nacimiento en el dominio del público y del ridículo, no sucede lo mismo con las telas de lana, de hilo ó de seda que sirven para fabricar esos vestidos, las cuales sean feas ó bonitas, nuevas ó viejas, hay que comprar en lo que valen y á veces en lo que no valen, pues esto depende de la habilidad del tendero y de la ignorancia de su parroquiano.

Bueno es advertir aquí que el hombre que se coloca detrás de un mostrador parisiense renuncia á toda galantería extraña á su negocio; para él la persona que compra no tiene sexo, es una cosa con paletó ó con faldas y nada mas; sin embargo, se dirige con preferencia á la mujer, porque sabe que al bello sexo le atribuyen una flaqueza que no constituye su fuerza en todas ocasiones : una lisonja vale á veces unas cuantas varas de muselina ó de seda.

Cuando una señora acompañada de su marido y de un niño abre la puerta de una tienda, el amo, el inspector y el hortera principal saben al punto á qué atenerse. Una mirada rápida basta para conocer por el aspecto, por el traje, si los recién llegados son de Paris ó no; si la mirada ha respondido afirmativamente, el hortera en descargo de su conciencia mercantil prueba algunas astucias de las que no se promete un resultado muy brillante, pero si por el contrario la respuesta fué negativa, ¡ay de los provincianos!

El modo de trabajar es el siguiente :

El hortera saluda un poco al caballero, poquísimo á la dama y echa una risita al párvulo.

— ¿Qué tema Vd. que mandar, señora?

— Telas para vestidos.

— ¡Oh! las tenemos preciosísimas. ¿Vd. desea una cosa buena?

— Sí, pero no muy caro.

— Aquí tiene Vd. una tela que se lleva mucho, y que la sentaría á Vd. perfectamente, ¿no es verdad, caballero?

El caballero se sonríe de muy mala gana.

— ¿Y cuánto?

— Dos pesos el metro; pero repare Vd. la calidad, esto nunca se gasta.

— Es un poco caro; el año último compré otra tela igual mas barata y que me ha servido... no he tenido un vestido que me haya durado tanto.

— Pues bien, pruebe Vd. esta tela y la aseguro que volverá por esta casa. — Pero ¡qué niño tan bonito! ¿es de Vd. este niño, no es verdad? ¿Y este caballero es su papá? ¿cómo se le parece!... — Este vestido le servirá á Vd. tanto como otro que le cueste el doble. — ¡Qué hermoso niño! Tiene los ojos de su madre.

La mamá se pone muy hueca y lanza una mirada victoriosa sobre su esposo que se redondea como un pavo real.

— ¿Quiere Vd. ver las novedades que nos han llegado ayer? Tenemos un surtido soberbio « ¡Ruisseñores (*Rossignols*)! »

Esta vocecita « Ruisseñores » repetida de hortera en hortera recorre en un instante todos los pisos del almacén y la parroquiiana ve llegar telas á montones, de un dibujo que, efectivamente, confiesa no haber visto nunca.

Y el despachante prosigue su plan de batalla : la tela que presenta no se llevará hasta la semana próxima, no habrá suficiente cantidad para todas las mujeres elegantes, etc. Inútil añadir que la provinciana cae en el lazo.

Ahora falta explicar lo que quiere decir en el lenguaje de estos comerciantes la palabra « Ruisseñores. » Inmediatamente que ven entrar en su casa á una de esas personas con la traza susodicha, gritan y corre la voz : « ¡Ruisseñores, Ruisseñores! » lo que significa : Traed todo lo mas viejo y pasado que hay en el almacén y despachadlo como nuevo, como muy á la moda. — Y así se verifica : aviso, pues, al que oiga esa palabra sonora en las tiendas parisienses.

MARIANO URRABIETA.

La Casa de la Moneda de Paris.

I.

DOS PALABRAS DE INTRODUCCION. — MISCELÁNEA. — ARQUEOLOGÍA MÓNETARIA.

Lo que llamamos *moneda* no es mas que la señal representativa de todas las cosas, y así se concibe fácilmente que esta señal sea ó haya sido muy variable.

Hay pueblos que se sirven de monedas de cuero y otros que emplean conchas menudas para sus cambios. Los moskovitas han tenido durante mucho tiempo pieles por numerario. No decian : Debo cien escudos, sino cien martas zibelinas, cien armiños, cien zorros azules, etc. Pero en cuanto los pueblos se organizan debidamente adoptan el uso de monedas metálicas.

La Francia es uno de los países mas ricos en moneda acuñada. — Casi todas las monedas son de oro, de plata, de cobre, de bronce ó de vellón; pero las ha habido de hierro, y Marcial habla de monedas de plomo. Los rusos las tienen de platina.

Algunos escritores (y pido perdón á mis lectores de remontar mas alto que el diluvio, pero en breve bajaré de nuevo) suponen que la moneda fué inventada por Cain. Sea como quiera, debemos colocar esta opinion con la de aquel médico que supone que el oro es una resina sacada de la tierra y que entre esta sustancia y la sangre existe una grande afinidad natural.

Segun los alquimistas y los lectores celestes,

El oro corresponde al sol,

La plata á la luna,

El plomo á Saturno,

El estaño á Júpiter,

El hierro á Marte,

El cobre á Venus,

Y el azogue á Mercurio.

Las monedas son de buena ó mala ley. *Ley* proviene de *ad legem*. Las monedas que se acuñan hoy son todas de buena ley, pero no siempre ha sido así. En Francia los reyes de la tercera raza desde Felipe de Valois hasta Carlos VI, alteraron extraordinariamente el numerario acuñado en su nombre. Carlos VI declaró en un decreto que se veia precisado á menoscabar la ley de la moneda « para resistir, decía, á nuestro adversario de Inglaterra, y obviar á su empresa culpable, en atención á que ahora, añadia, no tenemos ninguna otra renta de nuestro dominio que puede auxiliarnos. »

De este modo, pues, la cosa estaba patente y se falsificaban los escudos sin el menor escrúpulo. Pero los particulares á quienes las rentas de sus dominios tampoco les bastaban, no podian imitar estos procedimientos de la corona. En la Bretaña se habia mandado expresamente « que los monederos falsos serán *cocidos* y luego colgados. » En Loudun se ordenó lo siguiente : « Quien hace ó forja moneda debe ser arrastrado, cocido y colgado. »

Y esta penalidad no era letra muerta. Hé aquí lo que se lee en los registros del parlamento :

« El año 1347, el sexto día de marzo, fueron *cocidos* en la plaza de los Pourceaux, maese Etienne de Saint-Germain, llamado de Compiègne, y Henri Foinon, escudero de Treslon, hácia Chateau-Thierry porque habian cortado troqueles... y luego fueron colgados. »

En nuestros días los monederos falsos son tratados con mayores consideraciones : su pena es la cadena perpetua. Es verdad que las dificultades de imitación se han aumentado mucho á causa de los perfeccionamientos introducidos en la fabricación de la moneda.

En los primeros tiempos de la monarquía francesa, las monedas eran fabricadas en todos los puntos donde los reyes fijaban su residencia, y por estas causas los oficiales y obreros de la moneda eran « comensales de la casa real. »

Pero ya en el siglo XIV se instituyeron una cámara de monedas, y jefes generales ó presidentes de las casas de moneda. Los reyes tomaban asiento en esa cámara de las monedas, que fué mejorada por Francisco I y erigida en tribunal soberano por Enrique II en 1552. Por desgracia al año siguiente todo el tribunal excepto un presidente segundo, fué condenado á la horca, á la hoguera ó al presidio por las falsificaciones de que se hizo culpable.

Enrique IV, Luis XIII y Luis XIV fueron los primeros reyes que consagraron una atención detenida á la organización de las casas de moneda. Los primeros comisarios generales fueron creados *ad hoc* por edicto de 1645, y bajo el reinado de Luis XIII se acuñaron esas hermosas monedas fuertes universalmente admiradas en las colecciones de monedas públicas ó particulares y cuya existencia prueba que la *virola partida* era conocida desde esa época, bien que usualmente no se haya importado en Francia hasta 1830.

II.

LA CASA DE LA MONEDA DE PARIS.

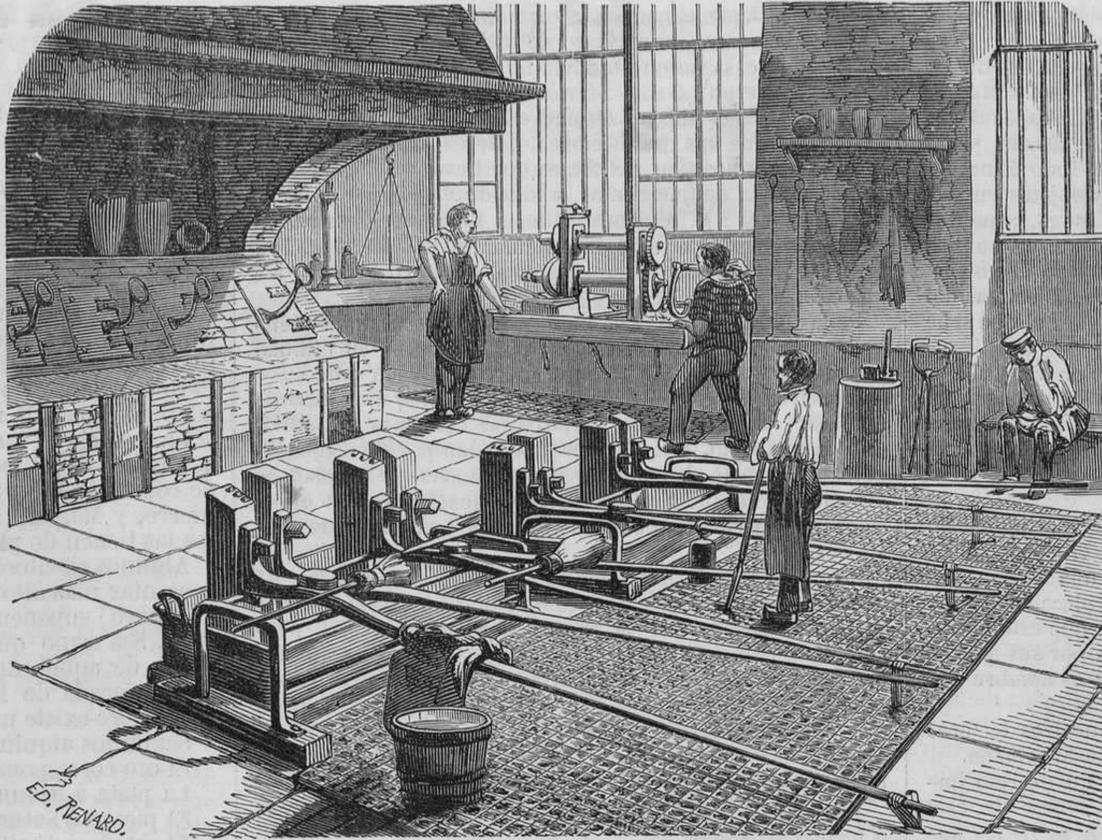
Desde el año 864 existía en Paris un establecimiento donde se acuñaba moneda, como se desprende de un capitular de Carlos el Calvo.

Este establecimiento que en su presencia dependía del palacio de los reyes situado en la Cité, fué trasladado después á la calle que hoy llaman *Vieille Monnaie*; y luego en el siglo XIV á la señalada con el nombre de la *Monnaie*, donde subsistió un edificio especial de fabricación hasta el siglo XVIII. Pero como en esa época se hallaba en mal estado, hubo que darle un sucesor y fué el

edificio actual, cuya construcción se operó en el sitio que ocupaba el antiguo palacio Conti cuya adquisición hizo la villa algunos años antes, mediante la suma de 160,000 libras con la intención de establecer allí la casa municipal. La creación fué decretada en 1767, y la primera piedra fué puesta en 1771 por el abate Terrai á nombre y como ministro de Luis XV.

El arquitecto de este edificio recomendable fué Jacques-Denis Antoine, miembro del Instituto, cuyo busto se ve en la escalera principal del monumento. El edificio tiene sesenta toesas de fachada. Dos vastas alas se comunican por un cuerpo principal cuyo piso inferior es de un estilo jónico de seis columnas; de donde parten un entablamento y un átrio adornado con festones entre los cuales se elevan las seis estatuas de la Paz, del Comercio, de la Prudencia, de la Ley, de la Fuerza y de la Abundancia, por Lecomte, Pigale y Mouchy. La escalera de honor adornada con diez y seis columnas dóricas es muy monumental. El edificio contiene ocho patios interiores, de los cuales el principal está adornado con los bustos de Enrique IV, de Luis XIII, de Luis XIV y de Luis XV.

Está muy acreditado el error de que el Estado fabrica la moneda, pero no es así. El Estado no fabrica ninguna moneda, lo que hace es vigilar la ejecución de las que deben tener curso: las recibe ó no las recibe, según si tienen ó no la ley, el peso, el tipo legal; en una pala-



La Casa de la Moneda de Paris. — La fundición del oro.

bra, se encuentra con respecto al fabricante de monedas, ó el industrial que tiene á su cargo esta grande empresa, en la misma posición que el ministro de la Guerra, verbigracia, que recibe de un abastecedor una partida

que puede darse al mineral, el pedazo de metal en bruto que salió de las entrañas de la tierra tiene que sufrir muchas transformaciones, muchas pruebas. Cuando una moneda de oro ó de plata sale de nuestras manos,

de paños para la tropa, ó la rechaza porque contiene faltas de materia ó de fabricación.

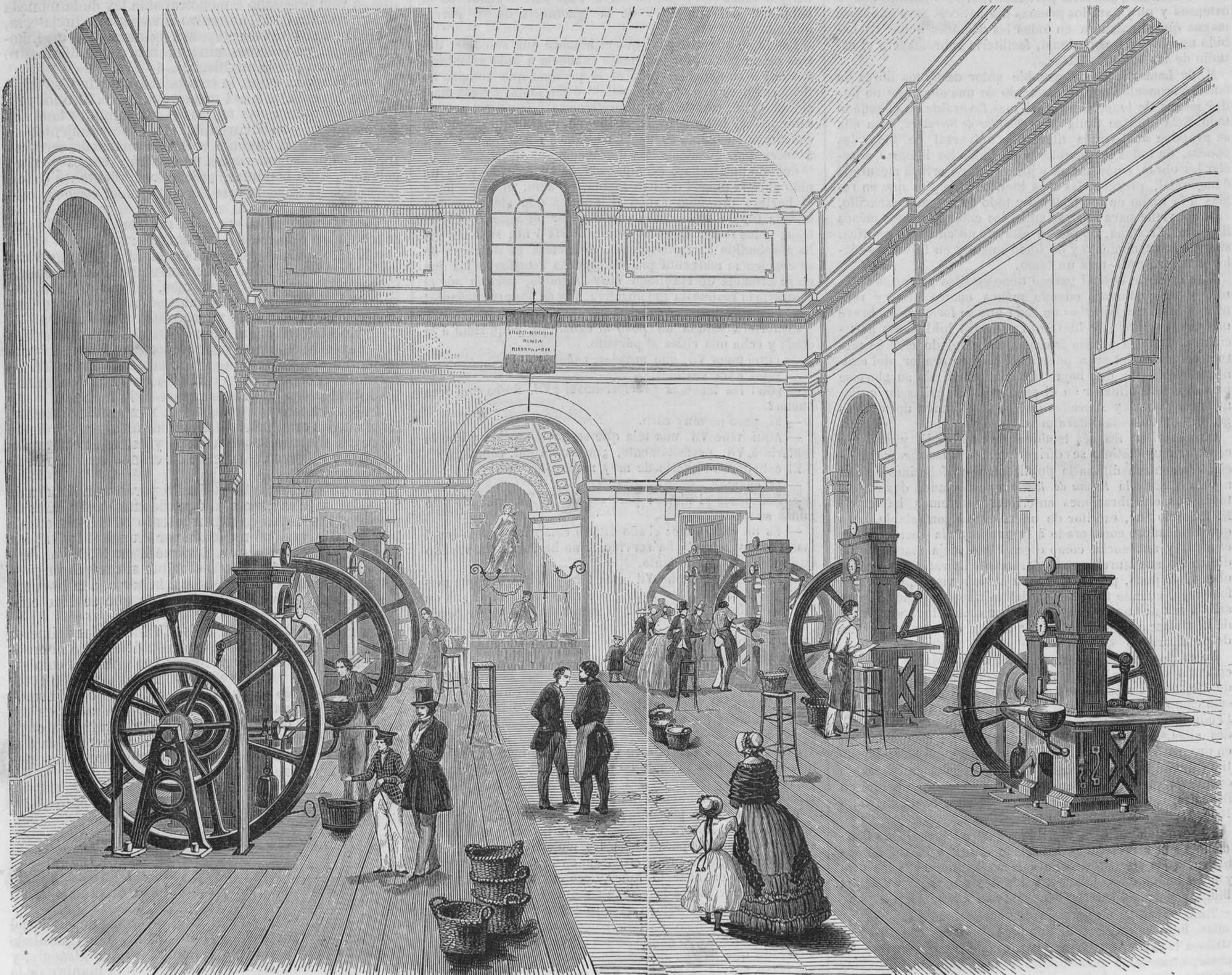
Así pues, habiéndose estipulado la liga de un décimo para las monedas de oro ó de plata, ninguna moneda es recibida si no contiene de mil partes nueve c. del metal principal que la compone, ó al menos, ya que aquí la precisión matemática es difícil, 897 partes cuando menos y 903 cuando mas; á esta diferencia de tres en mas ó en menos se limita la tolerancia.

Como el Estado no interviene tampoco mas que en el momento de la acuñación y deja la fabricación enteramente independiente, resulta esta división natural del establecimiento en dos grandes partes muy distintas, á saber: el taller de fabricación y el taller de la acuñación de monedas.

III.

EL TALLER DE FABRICACION.

Antes de pasar al estado de capital, antes de elevarse á la alta dignidad de numerario, representación de todos los goces, objeto final, *ultima ratio* de toda la actividad humana, antes de revestir la forma mas elegante

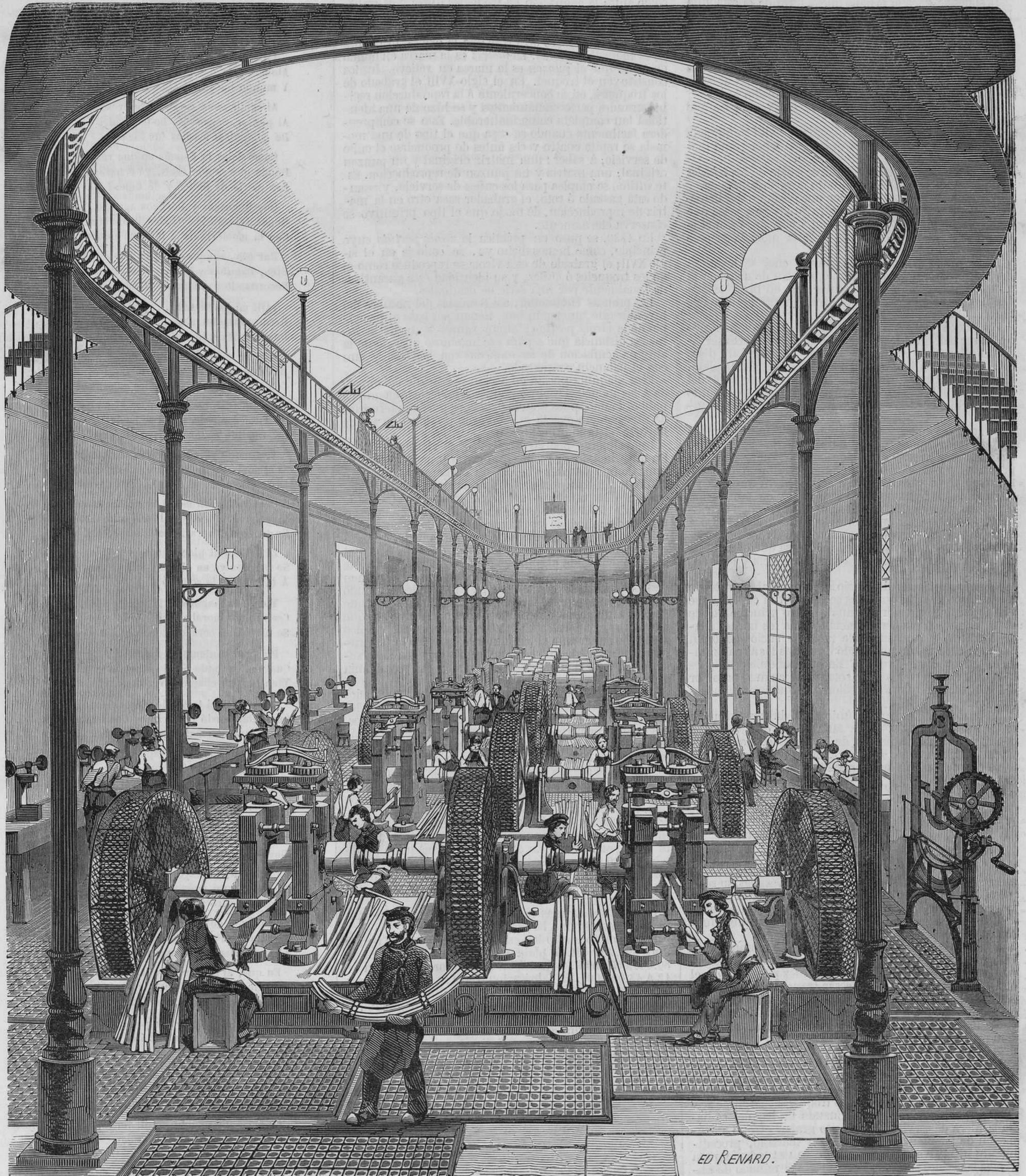


La Casa de la Moneda de Paris. — Taller de las prensas monetarias.

ligera y fugitiva, para no volver nunca, si bien es cierto que pensamos en el trabajo que nos ha costado su conquista, no nos acordamos en verdad de todas las faenas que ha exigido la brillante librea con que resplandece á nuestros ojos. Para ella, sin embargo, la mecánica y

el arte del grabador han desarrollado sus mas ingeniosos recursos; la austera química la ha dado el bautismo de la ley; veinte manos humanas, una sucesion de instrumentos de los mas admirables la han limpiado, modelado y labrado, y su entrada en el mundo no ha te-

nido lugar, por decirlo así, sino despues que ha logrado adquirir los derechos de ciudadanía otorgados por un tribunal especial llamado *Comision de las monedas* que garantiza su origen y consigna que reúne todas las cualidades necesarias para no ser confundida con esas hijas



ED RENARD.

La Casa de la Moneda de Paris. — Taller donde se preparan los metales.

perdidas del robo y del fraude, engendradas de un modo clandestino.

Los metales que sirven para alimentar la fabricacion de las monedas llegan ordinariamente en forma de barras ó lingotes. Sin embargo, los pesos fuertes de la América del Sur, los dollars, las monedas de Europa y

la plata labrada figuran en el capitulo por una vigésima parte.

Estas materias metálicas se reciben por tercera mano, mas particularmente por el Banco de Francia y á menudo tambien por el mismo director de la fabricacion á quien no le está prohibido el tratar de alimentar su em-

presa entregándose al comercio de los metales preciosos.

Pero sea cual fuere el origen de los que se emplean, su valor se paga al interesado con un bono á ocho dias, con uno por ciento de descuento aplicable á los gastos de fabricacion.

Durante estos ocho días sufre la materia las diversas preparaciones en cuya virtud se convierte en moneda acuñada.

Estas preparaciones se suceden en el orden siguiente: Se presenta el metal á la fundición, y entonces tiene lugar la operación de la *liga* que debe darla la ley monetaria.

Después se hace la prueba que determina el estado de la liga efectuado en el crisol.

Si esta ley se juzga conveniente, se efectúa el *colado* del metal en hojas estrechas de una dimensión proporcionada al modelo de las monedas que deben acuñarse.

Enseguida se hace el *recortado*, esto es, se quitan las asperezas que erizan los rebordes de esas hojas al salir de los moldes que han servido para el colado.

Luego estas hojas se *recuecen* muchas veces para que se hagan más maleables.

Una serie de laminadores ingeniosamente combinada las reduce después al grueso que deben tener como monedas.

Después se hace en la hoja el *recortado* de los *tejuelos* ó discos de metal que serán pronto la misma moneda.

Los *tejuelos* se pesan uno por uno; los que son demasiado ligeros se apartan para otra fundición; y los que pesan demasiado son sometidos al *ajustamiento*, mecanismo que instantáneamente da á la moneda su peso legal.

Luego viene el *acordonado* para el cual se levantan los bordes de la pieza ligeramente á fin de disponer el *tejuelo* á recibir la marca circular que en breve le será dada, y proteger las de las caras contra el roce exterior.

Llegado á este punto de preparación, el *tejuelo* necesita ser blanqueado, pues hasta entonces ha conservado un color sucio y apagado, que le asemeja á un disco de cuero mal pulimentado y no á una moneda de plata. Esto se verifica por medio de un último recocho, del cual los *tejuelos* salen radiantes, dignos en todo punto del soberbio destino que han de tener entre los hombres.

Todas estas operaciones, excepto las de fundición, recocho y peso que se hacen naturalmente á mano, se efectúan por medio de máquinas de vapor con una prontitud y precisión verdaderamente admirables. Magnífico golpe de vista el de esa actividad ya humana ya mecánica que reina en ese vasto taller de fabricación donde los millones se amontonan y se suceden diariamente para esparcir en el mundo las alegrías, el lujo y la abundancia, sin que en las manos de los honrados obreros que allí trabajan quede otra cosa que el modesto salario apenas suficiente para su subsistencia y la de sus familias.

Además, se toma desprecio al dinero al aspecto de tantas riquezas, que entonces se consideran como lo que son en efecto, un valor nominal. El oro principalmente es asqueroso en esa cocina metálica; de los hornos donde le cuecen y recuecen sale negro y sucio como un carbon: cree uno estar viendo desnudas las almas abrasadas en su amor impuro. En hojas adquiere después los tonos del acero malo, y solamente cuando pasó por el laminador adquiere ese colorcillo que le vale tantos adoradores.

Un pozo es el límite y el único lazo de comunicación entre los dos talleres, el de fabricación que vamos á dejar, y el de la acuñación de la moneda. Por esa vía pasan continuamente de uno á otro enormes cestos de *tejuelos* que esperan las prensas Thonnelier para darles el tipo agusto.

IV.

EL TALLER DE ACUÑACION DE MONEDAS.

Al pasar de un taller al otro para recibir el *cuño*, el *tejuelo* es como un billete al portador que se presenta al Estado á fin de que estampe su firma, esto es, su sello y le dé así un curso legal. En efecto, allí por la primera vez interviene el gobierno por sus agentes; pues hasta entonces ha dejado en toda libertad á la empresa monetaria.

El taller de acuñación es de un aspecto monumental. Una graciosa estatua de la *Fortuna* por Mouchy le adorna, como su genio simbólico. Allí diez prensas para el oro y la plata trabajan sin cesar transformando los *tejuelos* en hermosas monedas. Pero antes de describir estas prensas, bueno será echar una mirada histórica sobre los diferentes procedimientos de fabricación que han precedido y preparado esta perfección que tiene el arte en el día.

Hasta el siglo V, se empleaba el bronce para hacer los *troqueles* de medallas y monedas que entonces era todo uno. Estos *troqueles* estaban grabados al *esalanco* como los camafleos. Después los *troqueles* fueron de acero y se grabaron con buril. Cuando un *troquel* se hallaba fuera de servicio era preciso grabar otro. La acuñación de las monedas se hacía con martillo, procedimiento primitivo, idéntico al que se usa todavía para clavar las estacas en los ríos, y hasta el reinado de Enrique II no se vió otro en Francia. Bajo este reinado, (siglo XVI), apareció el *balancin* y hasta 1643 fué ocupado simultáneamente con el martillo para la acuñación de las monedas. El rey tenía entonces su moneda de *martillo* y su moneda de *molino* (así se designaba el *balancin* en aquel tiempo.) Todo induce á creer que cuando el establecimiento del *balancin*, el grabado de los *troqueles* se hacía con *punzones* grabados en relieve, metidos los unos después de los otros sobre los *troqueles*; de esto se seguía que en tanto que duraba el *punzon* el objeto

reproducido permanecía intacto, pero no lo era en grado igual el conjunto del grabado que representaba el *troquel*.

En tiempo de Luis XIII, Briot uno de los jefes de la Casa de la Moneda y el célebre Varin perfeccionaron mucho las herramientas monetarias y sobre todo el *balancin*. Sin embargo, hasta fines del siglo XVIII se siguió como ántes la acuñación en *troqueles* libres y el grabado de los *troqueles*.

Entonces fué cuando se adoptó al *balancin* la *virola* llena; la *virola* no es otra cosa que la órbita, el calibre de la moneda acuñada. La *matriz* es la marca en hondo en tanto que el *punzon* es la marca en relieve. Juntos constituyen el *troquel*. En el siglo XVIII el grabado de los *troqueles*, en lo concerniente á la reproducción recibió grandes perfeccionamientos y se hizo de una identidad tan completa como inalterable. Esto se comprenderá fácilmente cuando se sepa que el tipo de una moneda se repite cuatro veces ántes de producirse el *cuño* de servicio, á saber: una *matriz* original y un *punzon* original, una *matriz* y un *punzon* de reproducción. Este último se emplea para los *cuños* de servicio, y cuando está gastado ó roto, el grabador saca otro en la *matriz* de reproducción, de modo que el tipo primitivo se conserva eternamente.

En 1830, se puso en práctica la *virola partida* cuyo principio, como hemos dicho ya, se conocía en el siglo XVII; el grabado de esta *virola* se reproduce como el de los *troqueles* ó *cuños*, y su identidad está garantizada igualmente por una serie de originales.

Las prensas Thonnelier, así llamadas del nombre del inventor que funcionan hoy, tienen por base el principio de la *virola partida*; ahora vamos á medir la inmensa distancia que separa ese ingenioso aparato de la antigua acuñación de las monedas con *martillo* y aun con el *balancin* consagrado.

Esta máquina puesta en acción por medio del vapor, da á las monedas una regularidad perfecta que nunca habían tenido, pues á su beneficio se puede determinar de una manera exacta la fuerza de presión que puede llevarse hasta lo infinito.

Las primeras prensas Thonnelier se vieron en 1829. En un principio se rechazaron como imperfectas, y algún tiempo después fueron sin embargo admitidas á título de ensayo, previas las acertadas modificaciones que en ellas introdujo su inventor. Desde el mes de agosto de 1843 hasta junio de 1845, salieron de estas prensas la mitad de las monedas de cinco francos que se acuñaron entonces en París; y como la lucha establecida entre el *balancin* y la *prensa* durante esos dos años no dejó duda alguna sobre la superioridad de este último instrumento, el gobierno oyendo el dictámen de la administración de la Casa de la Moneda, mandó construir nueve prensas de diferentes dimensiones que fueron entregadas al establecimiento en 1846, y que funcionan exclusivamente desde entonces. Su empleo ha hecho sufrir una verdadera revolución á la fabricación de la moneda, bajo el doble punto de vista de la superioridad de las marcas y de la prontitud y economía obtenidas.

Como hemos dicho ya, los *tejuelos* bien preparados se entregan al agente de la administración el cual los distribuye por cestos de 20 kilogramos á los monederos, cuyo oficio principal consiste en colocarlos en un cubilete adherido á la *prensa*. Una mano de metal viene á tomar un *tejuelo* y le pone entre los *troqueles*; durante este movimiento de vaiven se opera la presión, y la mano mientras atrae otro *tejuelo* recoge la moneda precedente que en esta corta ausencia ha tenido tiempo para transformarse en una pieza perfecta.

Todos los movimientos de la máquina son casi simultáneos, pues se renuevan en su conjunto cincuenta veces por minuto. En diez horas la máquina puede fabricar 20,000 monedas de 5 frs. ó sean 100,000 francos de numerario, y tomando un término medio de 25 días de trabajo por mes, una *prensa* fabrica 300,000,000 de frs. por año.

Después de algunas operaciones de exámen, las monedas se entregan á la circulación.

Por término medio la Casa de Moneda de París recibe unos 400,000 kil. de plata que representan un valor de 80,000,000 de frs. y de 4 á 5,000 k. de oro que valen de 12 á 15,000,000. La fabricación varía; pero hay épocas en que es de 800,000 frs. diarios. Mas difícil es apreciar las cantidades de cobre que se fabrican anualmente.

Doscientas personas sin contar los funcionarios y agentes de la administración tienen empleo constante en la Casa de la Moneda, y el director paga los salarios del descuento que tiene autorización para hacer sobre los metales que llevan á la Casa. F. M.

Epístola á Pedro. (1)

Berlin 1º de Febrero de 1856.

Quiero que sepas, aunque bien lo sabes,
Que á orillas del Sprée (ya que del río
Se hace mención en circunstancias graves)

Mora un semi-aleman, muy señor mio,
Que, entre los rudos tímpanos del Norte,
Recuerda la amistad y olvida el frío.

(1) Esta composición ha sido escrita en el aniversario de la muerte del célebre escritor Enrique Gil, arrabataado á las letras en la flor de su edad, y cuyos restos reposan en tierra extranjera.

Léjos de mi Madrid, la villa y córte,
Ni de ella falto yo porque esté léjos,
Ni hay una piedra allí que no me importe.

Pues sueña con la patria, á los reflejos
De su distante sol el desterrado,
Como con su niñez sueñan los viejos.

Ver quisiera un momento, y á tu lado
Cual por ese aire azul nuestra Cibeles
En carroza triunfal rompe hácia el Prado!...

¿Ries?... ¡Juzga el volar cuando no vuela...
Atomo harás del mundo que poseas,
Y mundo harás del átomo que anhelés!

Al sentir *coram vulgo*, no te creas...
Al pensar *coram vulgo*, no te olvides
De compulsar á solas tus ideas.

Como dejes la España en que resides,
Donde quiera que estés, ya echarás menos
Esa patria de Dolfos y de Cides;

Que Obeliscos y Pórticos agenos
Nunca valdrán los patrios Palomares
Con la memoria de la infancia llenos.

Por eso, aunque dan son á mis cantares
Elba, Danubio y Rhin, yo los olvido
Recordando á mi pobre Manzanares.

¡Allí mi juventud!... ¡ay! ¿quién no ha oído.
Desde cualquier region, ecos de aquella
Donde niñez y juventud han sido?...

Hoy mi vida de ayer, pálida ó bella,
Múltiple se repite en mis memorias,
Como en lágrimas mil única estrella...

Que quedan en el alma las historias
De dolor ó placer, y allí se hacinan,
Del fundido metal muertas escorias.

Y, aunque ya no calientan ni iluminan,
Si al soplo de un suspiro se estremecen,
¡Aun consuelan al alma!... ¡ó la asesinan!!!

Cuando al partir del sol las sombras crecen,
Y, entre sombras y sol, tibios instantes
En torno del horario se adormecen;

El dolor y el placer, fervidos ántes,
Se pierden ya en el alma indefinidos,
A la luz y á la sombra semejantes.

Y en esta languidez de los sentidos,
Crepúsculo moral, en que indolente
Se arrulla el corazón con sus latidos;

Pláceme contemplar indiferente
Cual del dormido Sprée sobre la espalda
Y en lúbrico chapin sesga la gente:

O recordar el toldo de esmeralda,
Que ántes bordó el abril, en donde ahora
Nieve septentrional tiende su falda;

Mientras la luz del Hespero incolora
Baña el campo sin fin, que el norte rudo
Salpicó de brillantes á la aurora!

¡Hijo de otra region, trémulo y mudo
Con la mirada que por tí paseo,
Nieve septentrional, yo te saludo!

Una tarde de mayo (casi creo
Que salta á mi memoria su hermosura
De este cuadro invernal, como un deseo):

Una tarde de flores y verdura,
Rica de cielo azul si un celage,
Y empapadan en aromas y frescura;

En que, al son de las auras, el ramaje
Trémulo de los tilos repetía
De otros lejanos bosques el mensaje;

Yo, con mi propio afán por compañía,
Del recinto salí que nombró el mundo
Córte del rey filósofo algún día.

A su verdor del Norte sin segundo,
De un frondoso jardín los laberintos
Atrajeron mi paso vagamundo...

En armoniosa confusion distintos,
Cándidos nardos y claveles rojos,
Tulipanes, violas y jacintos,

De admirar el verjel diéronme antojos;
Y perdí en sus vueltas, rebuscando,
Ya que no al corazón, pasto á los ojos.

Y una viola, que al favonio blando
Columpiaba su tímida corola,
Quise arrancar... — Mas súbito, clavando

Mis ojos en el césped, donde sola
Daba al favonio sus esencias puras,
Respeté, por el césped la viola....

¡Guirnalda funeral, de desventuras
Y lágrimas nacida, eran las flores
De aquel vasto jardín de sepulturas!

Pero jardín. Allí, cuando los llores,
Aun te hablarán la amante ó el amigo
Con aromas y jugos y colores...

¡Y de tu santo afán mudo testigo
Algo en aquellas flores sepulcrales,
Algo del muerto bien será contigo!

Dentro de nuestros muros funerales
Jamás brota una flor... Mal brotaría
De ese alcázar de cal y mechinales,

Índice de la nada en simetría,
Que á la madre comun roba los muertos
Para henchir su profana estantería.

Ruin estacion de huéspedes inciertos
Que ofreciera á los vivos sus moradas
Por alquilar los túmulos abiertos!

De tierra sobre tierra fabricadas,
Mas solemnes quizá, por mas sencillas,
Las del santo jardín tumbas aisladas.

Con su césped de flores amarillas,
Se elevan... no muy altas... á la altura
Del que flore, al besarlas, de rodillas.

¡Mas sola allí... sin flores... sin verdura...
Bajo su cruz de hierro se levanta
De un hispano cantor la sepultura!...

Delante de su cruz tuve mi planta...
— Y soñé que en su rótulo leía:
« ¡Nunca duerme entre flores quien las canta! »

¡Pobre césped marchito! ¡Quién diría
Que el cantor de las flores, en tu seno
Durmiera tan sin flores algun día!

Mas ¡ay! del ruiseñor que, en aire ageno,
Por atmósfera extraña sofocado,
Sobre extraña region cayó en el cieno!

¡Ay del vate infeliz que, amortajado
Con su negro ropón de peregrino,
Yace en su propia tumba desterrado! (1)

Yo, al encontrar su cruz en mi camino,
Como engendra el dolor supersticiones
Llamé tres veces al cantor divino.

Y de su lira desperté los sonos,
Y turbé los sepuleros murmurando
La mas triste cancion de sus canciones...

Y á la viola, que al favonio blando
Columpiaba allí cerca su corola,
Volví turbios los ojos... Y clavando

La rodilla en el césped (donde, sola,
Era airon sepulcral de una doncella)
Desprendí de su césped la viola. —

Y al lado del cantor volví con ella;
Y así lloré, sobre su cruz mi mano,
La del pobre cantor mísera estrella:

Bien te dice mi voz que soy tu hermano...
¿Quién saludara tus despojos frios,
Sin el ¡ay! de mi acento castellano?

Diéronte agena tumba hados impíos...
Si ojos extraños la contemplan secos,
Hoy la riegan de lágrimas los míos!

Solo suena mi voz entre sus huecos,
Para que en ella, si la escuchas, halles
Los de tu propia voz póstumos ecos...

¡Por las desiertas y sombrías calles,
Donde duerme tu féretro escondido
No pasa, no la virgen de los valles!

Una vez que ha pasado... no ha venido...
Trajéronla con rosas... A tu lado,
La virgen, desde entónces, ha dormido...

Si su pálida sombra, al compasado
Son de la media noche, inoportuna,
Flores entre tu césped ha buscado,

Bien habrá visto á la menguante luna,
Que en el santo jardín, rico de flores,
Solo yace tu césped sin ninguna.

¡No tienes una flor!... — ¿Ni á qué dolores
Una flor de tu césped respondiera
Con aromas y jugos y colores!...

Solo al riego de lágrimas naciera...
Y de tu fosa en el terron ageno
¡Quién derrama una lágrima siquiera!

¡Ay, si, del ruiseñor, de vida lleno,
Que en atmósfera extraña sofocado,
Sobre extraña region cayó en el cieno!

Cantor en el sepulcro desterrado,
Descansa en paz... ¡Adios!... — Y si á deshora
Un viajero del Sur pasa á tu lado;

Si al contemplar tu cruz, como yo ahora,
Con su idioma español el viajero
Te llama aquí tres veces, y aquí llora;

Dígale el son del aura lastimero
Cual en los brazos de tu cruz escueta,
Peregrino del Sur lloré primero...

¡Recibe con mi adios tu violeta!
La tumba de la virgen te la envía...
Y al unirse la flor con su poeta,
Ya en el ocaso agonizaba el día!...

EULOGIO FLORENTINO SANZ.

Hombres ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

D. FRANCISCO JOSÉ DE CÁLDAS.

(Conclusion)

No corre ménos fácil su pluma ni tiene ménos colorido al pintarnos el carácter y las costumbres de los habitantes del vireinato. Hé aquí la prueba. « Fijemos primero nuestras miradas, son sus palabras, sobre el morador de nuestras costas: demos la preferencia á las del Sur, ¿cuáles son las pasiones, cuáles las virtudes, cuál el carácter del hombre que habita estas regiones? Hé aquí lo que he recogido en mis viajes. El indio de las costas del Océano Pacífico es de estatura mediana, rehecho, membrudo: sus facciones, aunque no bellas, nada tienen de desagradable: el pelo negro, grueso, algun tanto ondeado, poca ó ninguna barba, la piel bronceada y mucho mas morena que la de los demás habitantes de la cordillera. Sus mujeres en poco se distinguen de los hombres. La belleza, los rasgos delicados que distinguen su sexo en los demás pueblos de la tierra, aquí parece que faltan. Los pechos, la voz y un trozo de lienzo envuelto en la cintura son los únicos caracteres exteriores que las distinguen. Si los rasgos varoniles de su fisonomía las acercan á los hombres, sus ejercicios las confunden con ellos. Carga, recorre, nada, navega con la misma intrepidez y valentía: va á la pesca y sigue al marido á la caza. Es verdad que no se arma, ni ataca á las fieras con valor; pero ve los combates con semblante sereno y sin estremecerse. Es verdad que hila, lava, teje, adereza el alimento, asea la casa y su familia; pero con un aire de nobleza y dignidad, con un no sé qué de feroz que parece indicar que obra por necesidad mas bien que por inclinacion. Tiene los pechos cortos, llenos, mas bien piramidales que esféricos, y nunca lacios á pesar de traerlos siempre desnudos; el pelo suelto ó llamado hácia la espalda con un ligero trenzado; las orejas perforadas, de donde penden pequeñas arracadas. Los amores en ellos son tranquilos y manifiestan la dureza de su constitucion y de sus ejercicios. Apenas conocen los zelos, esa pasion terrible que envenena todos los momentos; tan taciturnos, tan graves, tan serios en tiempo de sus trabajos y tan pacientes en la caza, como locuaces, bulliciosos é inquietos en sus festines. En estos beben, comen y danzan sin moderacion y sin freno. »

« Durante tres, cuatro ó mas dias oyen con igual placer el sonido monotonó de un tambor y de otros instrumentos tan rústicos como el país. Cuando el indio rema largo tiempo, cuando derriba los árboles enormes de sus selvas, cuando está cubierto de sudor bajo ese cielo ardiente, entónces se arroja al agua y se baña con el mayor placer. Si los olores gratos son tan mortales á sus mujeres como á las nuestras cuando acaban de parir, la dieta, el recogimiento, el abrigo les son absolutamente desconocidos. El baño, el remo, los trabajos domésticos, en una palabra, todos los ejercicios de su vida en nada se alteran con el parto. Es tan generoso y pródigo de lo que produce su país como avaro de lo que le entra de la cordillera ó viene de regiones distantes. El maíz, la yuca, el plátano y la carne de los animales silvestres son los únicos alimentos de que usa. Nada desea: con-

tento con su destino y con su país, mira con indiferencia al resto de la tierra. Vive sin inquietudes y sin remordimientos, la muerte misma no le turba: la ve acercarse con ojos serenos y expira con tranquilidad. Este es el indio de las costas del Sur. »

« El mulato se distingue del indígena sin mezela por muchos rasgos característicos. Es alto, bien proporcionado, su paso firme, su posicion derecha y erguida; su semblante serio, el mirar oblicuo y feroz; casi desnudo apenas cubre las partes que dicta la decencia. Ceñido de una fuerte cuchilla, el remo en una mano, coloca con majestad la otra en la cintura. Intrépido, arrostra todos los peligros, y se arroja con alegría sobre un leño en medio de un mar tempestuoso. Acompañado de sus perros, con una lanza en la mano, recorre los bosques interminables; allí declara la guerra al tigre, al leon, al zahino y al tatabro; triunfa, y cargado de los despojos de estas fieras, vuelve orgulloso á ponerlos con desden y dureza á los piés de la que hace el objeto de sus amores. Los bosques, estos bosques amados de que saca la mejor parte de su subsistencia, hacen sus delicias y los mira como el asilo de su libertad. Aquí respira un aire embalsamado y libre, se halla independiente y todo lo tiene bajo su imperio. Las mismas fieras son para él un patrimonio inagotable; estas son sus vacadas y sus rebaños. Sin los cuidados que exige la oveja, la cabra y el cerdo, le prestan ocasiones de hacer brillar su ligereza y su valor. Las serpientes, estos reptiles que inspiran terror en todos los corazones, apenas comueven el suyo. Mil veces ha triunfado de sus dardos venenosos con las verbas que tiene á la mano y cuyas virtudes conoce. Cuando la sociedad en que vive quiere poner freno á sus deseos, cuando el jefe quiere corregir los desórdenes, entónces vuelve sus ojos á los bosques tutelares de su independencia. Cuatro tientos, una red, una hacha, su cuchillo y su lanza se colocan con velocidad sobre la barca, á donde le siguen su esposa y su familia: rema, atraviesa el laberinto de canales que forman los ríos hácia su embocadura, se hunde despues en las selvas y se arranca para siempre de una sociedad que coartaba sus deseos ó que castigaba sus delitos. El carácter duro que le distingue lo conserva hasta en sus amores. No son los halagos, no los servicios los que le aseguran las conquistas. Un mono, un zahino, un armadillo, un pescado ofrecido con fiereza, unas miradas ménos duras, alguna vez promesas y aun amenazas son los resortes que pone en movimiento. Apenas se ha hecho dueño de un corazon dicta leyes severas cuya transgresion castiga con la muerte, ó con las mas duras penas. Este es un tirano, aquella una infeliz. »

« Si comparamos á estos con el indio y las demás castas que viven sobre la Cordillera, veremos que aquel es ménos bronceado, sus facciones se parecen á las de los que viven en las costas: el pelo cerdo y absolutamente lacio. Estos son mas blancos y de caracter mas dulce. Las mujeres tienen belleza, y se vuelven á ver los rasgos y los perfiles delicados de este sexo. El pudor, el recato, el vestido, las ocupaciones domésticas recobran todos sus derechos. Aquí no hay intrepidez, no se lucha con las ondas y con las fieras. Los campos, las mieses, los rebaños, la dulce paz, los frutos de la tierra, los bienes de una vida sedentaria y laboriosa están derramados sobre los Andes. Un culto reglado, unos principios de moral y justicia, una sociedad bien formada y cuyo yugo no se puede sacudir impunemente, un cielo despejado y sereno, un aire suave, una temperatura benigna han producido costumbres moderadas y ocupaciones tranquilas. El amor, esa zona tórrida del corazon humano, no tiene esos furores, esas crueldades, ese carácter sanguinario y feroz del mulato de las costas. Aquí se ha puesto en equilibrio con el clima, aquí las perfidias se lloran, se cantan y toman el idioma sublime y patético de la poesia. Los halagos, las ternuras, los obsequios, las humillaciones, los sacrificios son los que hacen los ataques. Los zelos tan terribles en otra parte y que mas de una vez han empapado en sangre la basa de los Andes, aquí han producido odas, canciones, lágrimas y desengaños. Pocas veces se ha honrado la belleza con la espada, con la carnicería y con la muerte. » Estas muestras bastan para formar juicio de las cualidades de escritor que adornaban á Cálidas.

Llegado á este punto, el lector ha asistido á un cuadro interesante, á un espectáculo digno de fijar las miradas de la posteridad: ésto siempre en verdad grande y sublime la lucha de un genio con los obstáculos que se oponen á su desarrollo, á sus empresas: el lector ha visto aparecer á Cálidas de súbito en medio de las magníficas escenas de la naturaleza tropical y en el seno de un pueblo cuyas generaciones pasaban sobre la tierra sin cuidarse de su destino, sin dejar huella de su existencia: le ha visto abandonado á sus propias fuerzas remontarse en alas de su ingenio á las regiones mas elevadas del pensamiento humano, y desde esta altura, favorecido por el númen de las ciencias, inscribir en breve plazo su nombre en los anales de la botánica, de la astronomía, de la geografia y de la fisica; le ha visto desplegar los ricos tesoros de la imaginacion en los encantos del estilo, acumular alabanzas de los sabios que venera el mundo, reflejar sobre su patria los rayos de la gloria literaria. Mas ¡ay! que monumento de la instabilidad de las cosas humanas, fué alejado de las pacíficas tareas del sabio por la crisis revolucionaria y sepultado en ella en medio de su brillante carrera. — Hoy los corazones sensibles y amantes del progreso de la humanidad vierten abundantes lágrimas sobre su tumba, como sobre la de Lavoisier, Bailly y Chénier.

JOSÉ JULIAN DE AGOSTA Y CALBO.

(1) Entre los epitafios alemanes del cementerio católico de esta ciudad, se lee sobre una cruz de hierro la siguiente inscripcion castellana:

A DON ENRIQUE GIL Y CARRASCO

FALLECIDO EN BERLIN EL 22 DE FEBRERO DE 1846,

SU AMIGO

JOSÉ DE URBIZTONDO.

Contemplando su tumba se vienen dolorosamente á la memoria estos tristísimos versos del malogrado poeta:

« ¡Quizá al pasar la virgen de los valles,
Enamorada y rica en juventud,
Por las sombrías y desiertas calles
Do yacerá escondido mi ataúd;

Irá á coger la humilde violeta
Y la pondrá en su seno con dolor!
Y llorando dirá: ¡pobre poeta!
¡Ya está callada el arpa del amor! »



Iglesia de Kamiesh.



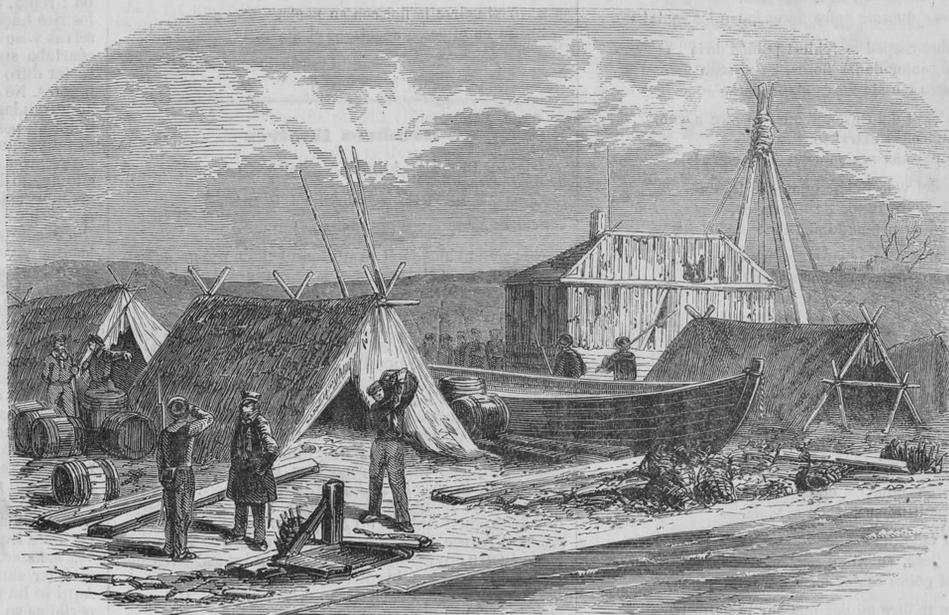
Vista interior de un p... avanzado en Kinburn.



Nuevas embarcaciones al uso de la marina de Kinburn.

Kinburn.

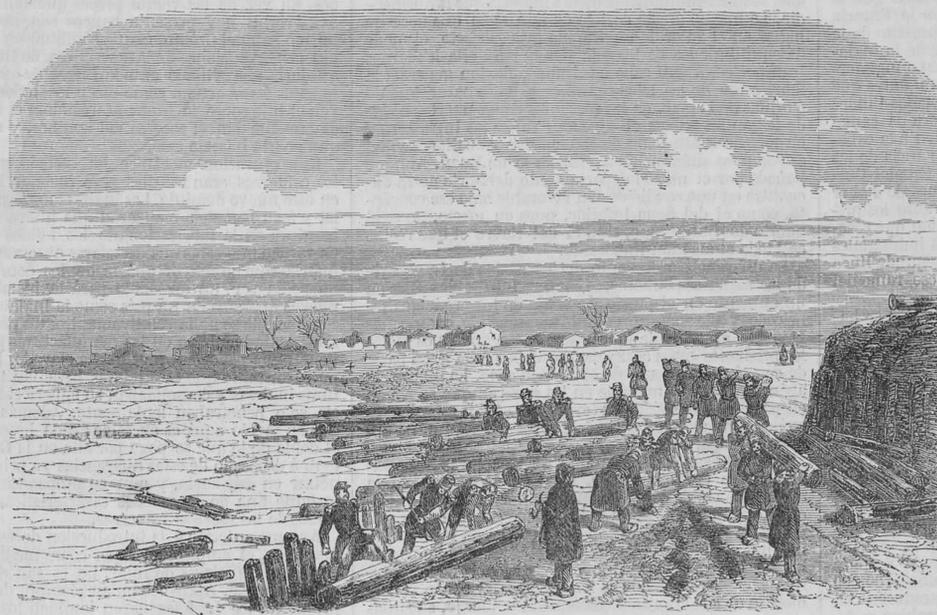
Seguimos ocupándonos en nuestra instalación en Kinburn; el fuerte que el bombardeo puso en el estado mas triste, recobra un aspecto respetable mediante las órdenes dadas por nuestros oficiales y gracias á los esfuerzos de muchos soldados que se apresuran á ejecutarlas. La industria de estos trabajadores es digna de atención; saben sacar partido de los objetos mas insignificantes abandonados por los rusos: la madera y el hierro, desenterrados de los escombros se transforman prontamente en objetos de primera necesidad y aun en muebles de fantasía. Aquí se fabrica una ebanistería que aunque sería desconocida en los grandes talleres de Paris, no por eso deja de tener su utilidad y su encanto. En uno de nuestros puestos avanzados he visto una vieja caldera de hierro colado, que probablemente habia servido para el rancho de una compañía de soldados rusos, convertida en una estufa: la habian vuelto al revés sobre unas piedras que la servian de base; una abertura servia de puerta para la introducción del combustible en este calorífero improvisado, como el sistema de tubos servia para establecer la



Pesquería rusa del Liman.



Pescador de Crimea.



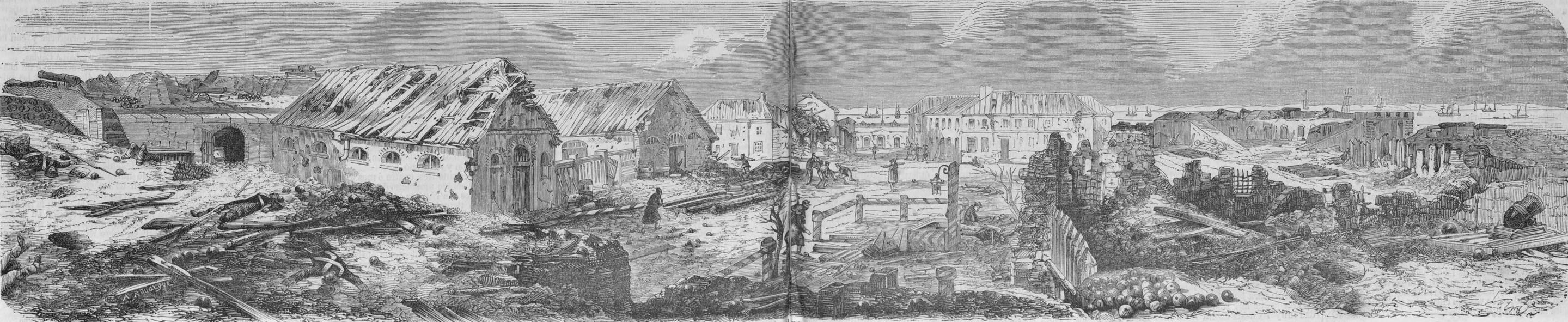
Vista de la aldea de Kinburn, tomada del camino cubierto del fuerte.

corriente de aire y para la salida del humo.

Los marinos no se muestran menos ingeniosos que los soldados: las embarcaciones fijadas sobre algunas tablas ajustadas á manera de patines forman hoy trineos á cuyo beneficio se operan todos los transportes sin mucho trabajo sobre los hielos; los marinos que arrastran estos nuevos vehículos llevan vestidos abrigados.

Las pesquerías rusas son establecimientos que la abundancia de peces parece haber hecho muy importantes: la pesca se hace en distintas épocas de la primavera, del estío y del invierno. En la última estación los pescadores de los establecimientos situados sobre el litoral hacen expediciones sobre los hielos á muchas docenas de kilómetros de las costas. Estas pescas son muy peligrosas pues á menudo sucede que el viento de la costa lleva de repente grandes trozos de hielo hasta en medio del mar. Los aparatos de pesca son, sin embargo, tan primitivos como los habitantes de la Crimea dedicados al oficio de pescadores, los cuales á mayor abundamiento tienen un aspecto que no denota en ellos una inteligencia bien desarrollada.

Envío estas pocas líneas escritas



Vista interior del fuerte de Kinburn en un momento de su ocupación.

muy de prisa á fin de aprovechar la salida del *Lucifer* para Kamiesh, ocasion que no quiero dejar perder, pues no sé si tendré otra próximamente. Parece que vamos á permanecer aquí algun tiempo y pienso utilizarlo para dar á conocer á Vds. toda la importancia de la posición de Kinburn y el gran interés que tiene su ocupacion para nosotros.

D. B.

Exposicion Universal de la Industria.

XXVII.

RUAN. — LILA. — SAN QUINTIN. — MULHOUSE. —
TARARE, ETC.

¿Qué hace la industria con esa enorme masa de materia primera de que hablábamos en el artículo anterior? ¿Qué hace con esos ochocientos millones de kilogramos de algodón que consumen las fábricas, de los cuales solo la Union americana suministra mas de seiscientos millones? La Exposicion Universal nos mostró ejemplos de todos los productos que confecciona la industria algodonera. Seguramente es un cuadro curioso el de los alimentos diversos que procura al trabajo y los servicios que hoy hace al hombre esa materia cuyo consumo, cuyo producto se ha centuplicado en ménos de sesenta años. La mayor parte de los pueblos que figuraban en la Exposicion Universal tienen industria algodonera, y casi todos enviaron al palacio de la Industria muestras de su fabricacion mas ó ménos completas, mas ó ménos notables, pero todas dignas de un exámen atento. El grado de adelantamiento de cada pueblo en la carrera de la industria, puede medirse, digámoslo así, por su habilidad en el tratamiento del algodón.

Entre esas naciones diferentes, hay algunas que se comparan mas á menudo que las otras con la Francia en todas las investigaciones sobre el movimiento de la industria algodonera. Verbigracia, despues de la Inglaterra, vienen los Estados-Unidos y la Suiza. La Inglaterra por la baratura de sus productos figura ántes que nadie, y la Francia viene despues de los Estados-Unidos y la Confederacion helvética. Si se considera la cantidad de telas fabricadas, encontramos tambien á la cabeza la Gran Bretaña, pero á una enorme distancia de las naciones que la siguen mas cerca, como los Estados-Unidos y la Francia. Los Estados-Unidos despues de haber titubeado en aprovechar en su suelo, durante los primeros veinte años de este siglo, el algodón que cosechan, se han entregado á esas aplicaciones industriales con un ardor creciente, y ya figuran en segunda línea en la lista de los pueblos que explotan ese ramo del trabajo.

En la Union americana las fábricas de algodón se hallan concentradas en el territorio de los Estados del Norte, cuya aptitud industrial es cien veces superior á la de los Estados del Mediodía, consagrados mas especialmente á las explotaciones agrícolas. Sabido es que en la otra parte de la Mancha reinan en esta industria Manchester, y Glasgow, pero sobre todo Manchester. En Suiza esta misma industria tiene su centro principal en el canton de San Galo y en el de Appenzell exterior que se encuentra en su término. De paso harémos notar que esos dos pequeños cantones cuya poblacion reunida no pasa de 211,000 almas son las mas industriales de todos los que componen la Confederacion helvética. La exportacion de telas de algodón se calcula allí en 40 millones de frs. Debemos mencionar despues el canton de Argovia, donde se cuentan unas 180,000 brocas y 700 á 800 telares mecánicos que producen con particularidad algodón blanco, aunque tambien se fabrican allí telas de algodón pintado, en cantidad crecida, sobre telares de mano, y en el mismo domicilio de los tejedores. Este trabajo ocupa á los labradores en los interminables inviernos de esas comarcas montañosas.

Así clasificadas las cuatro naciones que van á la cabeza de la industria algodonera, bajo el doble punto de vista de la baratura y de la importancia de los productos queda por señalarlas otro rango con respecto á la perfeccion de la materia elaborada. ¿A qué pueblo es justo conceder la palma? Cuestion difícil y delicada que exige ciertas distinciones y debe imponernos la mayor reserva; en todo caso, no es posible emitir una opinion sin proceder ántes al exámen de los objetos presentados.

Ninguna de las fábricas retrocedió ante el concurso, y las mas afamadas como las mas oscuras tuvieron á mucha honra el figurar en el palacio de la Industria. La Francia cuenta tres grupos consagrados especialmente á la industria algodonera, que son: el grupo flamenco, el grupo normando y el grupo alsaciano. El primero se compone del distrito de Lila y de San Quintin; el segundo, cuyo foco es Ruan, se extiende por el Oeste hasta Flers y algunos otros pueblos muy industriados de la baja Normandía. El grupo alsaciano comprende los departamentos del Alto y Bajo Rhin, y una parte de la antigua Lorca. Separada de estos grandes centros y con una fabricacion notable, la ciudad de Tarare debe entrar en nuestros estudios en el distrito de San Quintin, pues su especialidad se acerca á este. En rigor podríamos señalar un cuarto grupo; el vendeano y breton, que abraza los tejidos de Laval y de Cholet y los hilados de Nantes; pero á pesar de la importancia del trabajo en Cholet y los progresos realizados por la fabricacion en Laval, este grupo se encuentra ciertamente muy lejos de los tres primeros.

Si clasificáramos las fábricas francesas por el número de brocas que ponen en movimiento y la cantidad de algodón que absorben, deberíamos colocar en primera línea el grupo normando. De los 72 á 75 millones de kilogramos de algodón que la Francia consume, el círculo del Sena inferior, de Eure y del Orne, figura por unos 30 millones; sobre 5 millones de brocas cuenta cerca de 2 millones; pero no conserva esta categoría cuando se trata del valor de los productos. En Ruan y en la órbita de esa metrópoli manufacturera, se trabaja con preferencia en los artículos comunes, que piden mucha materia, y en los cuales la mano de obra y el arte entran por una parte poco elevada relativamente.

La especialidad de Ruan en la industria algodonera, es la produccion barata. Los tejidos que salen del grupo normando sirven para vestir á un número mayor de individuos, que todos los tejidos juntos de los demás grupos. Los habitantes de los campos, la masa de la poblacion obrera, tal es la clientela de la Normandía. Dicen de Ruan que es la fábrica del pobre; nosotros decimos que es la fábrica de las clases obreras.

Creemos realzar la importancia de este distrito mostrándole ocupado en hacer frente á las necesidades diarias de la poblacion laboriosa. Si fuera preciso establecer una clasificacion gerárquica entre las industrias, no vacilaríamos en colocar en primer término aquellas que en definitiva, producen para la humanidad la cantidad mayor de servicios. Hablando de otras fabricaciones hemos dicho ya que el mérito principal de las obras de lujo consiste en alzar el nivel de la industria, en conservar y desarrollar las tradiciones del buen gusto: aquí tambien el lujo aprovecha del mismo modo á los artículos de mucho consumo. La clientela de Ruan se extiende á las colonias de la Francia, y sobre todo á sus posesiones del Norte de Africa, donde despacha una gran cantidad de productos.

Lila y San Quintin, por la finura de sus hilos y tejidos, gastan infinitamente ménos materia que la Normandía. Lo mismo puede decirse de la Alsacia que necesita hallar en el valor de un trabajo mas perfecto, el modo de equilibrar los gastos que tienen para ella los largos transportes. Ahora cabe aquí una reflexion general; la fabricacion de las telas comunes se halla naturalmente á orillas de la mar, en las cercanías de los puertos adonde llegan las pascas de algodón. Tal es en Inglaterra y en Escocia la situacion de Manchester y de Glasgow; tal es con poca diferencia en Francia la de Ruan. Aunque bañado por el mar el departamento del Norte no se encuentra en una condicion tan favorable bajo ese concepto, como el del Sena inferior, pues en efecto, no es el puerto de Dunkerque, sino el del Havre el que recibe casi todo el algodón importado.

La diferencia procedente de los gastos de transporte de las materias primeras, se traduce inevitablemente en un aumento en el precio de venta de los productos fabricados y este aumento es tanto mas sensible, cuanto mas bajo está el precio de la mercancía. Mucho ménos afecta los productos caros aquellos que deben una gran parte de su valor á la mano de obra y al arte. La diferencia apenas se percibe mas que en los casos en que se ponen en paralelo estos últimos artículos con los productos análogos de otros distritos donde los fabricantes no tienen que soportar igual recarga.

Quizás llegará día en que las manufacturas francesas de algodón de todas clases, tratarán de acercarse á la mar; pero ese día está lejos naturalmente. El suelo alsaciano, verbigracia, no se halla amenazado por ahora de perder la industria algodonera: tiene en su favor el genio industrial de que se halla dotado, la habilidad de los jefes de establecimiento y la experiencia de los obreros; además se defendería en caso necesario, con la hermosura de sus dibujos y colores. Sin embargo, su situacion topográfica tiende á inclinarle mas y mas hácia la fabricacion de artículos de lujo.

Entre las distintas aplicaciones que recibe el algodón en cada uno de esos distritos manufactureros, hay dos que pueden considerarse como la base misma de la industria algodonera, á saber: la filatura y la fabricacion de algodones crudos. Pero justamente estas dos aplicaciones apenas llamaron la atencion del público en el palacio de los Campos-Eliseos, y sin embargo; cuántos esfuerzos reasumen!; qué series de triunfos atestiguan!; cuántos millares de manos han contribuido á traer esas industrias primordiales al punto que hoy ocupan!

Cuando se montaron las primeras hilanderías mecánicas en Francia, hacia ya mucho tiempo que existían en Inglaterra. Los franceses no podían pretender igualarlas desde luego, pues principiaban su aprendizaje, cuando sus vecinos eran ya maestros. Así, como ya hemos dicho, hubieron de permanecer largo tiempo fuera de la fabricacion de los hilos finos, que ofrece mas dificultades que la de los hilos de número bajo. En 1806 apenas podían sacar de una libra de algodón 60,000 metros de hebra, y aun esta cifra no entraba en el movimiento normal de la fabricacion francesa. Si de la Exposicion de 1806 pasamos á la de 1819, ya vemos que los hiladores llegan á sacar 80,000 y 100,000 metros. Ya figuraban hebras mas finas en la Exposicion de aquel año; pero no eran todavía de una fabricacion corriente, se habian hecho para brillar en el concurso.

Cuatro años despues, en la Exposicion de 1823 la filatura habia llegado á 290,000 metros, ó como se dice, al núm. 290. Así iban ganando poco á poco el adelanto que llevaban los ingleses; pero en el día, desde hace largo tiempo, han alcanzado los números mas altos; los que convienen para los tules y las muselinas mas ligeras, y así sucede que hoy solo sacan de Inglaterra una cantidad muy reducida de los hilos mas finos. Prohibidos

hasta 1834, como todas las mercancías de algodón, esos hilos quedaron desde esa fecha admitidos á la entrada mediante un derecho que equivale á un 30 por 100. Las declaraciones de la aduana apenas excedieron en 1834 la cifra de 27,000 kilogramos.

El consumo de las fábricas francesas de tejidos, se encierra en la masa principal de sus artículos entre el núm. 42 y el núm. 80. Sobre este último número principia la operacion que va limitándose de mas en mas hasta el núm. 300. Aunque muchos industriales inteligentes pasan con buen éxito los 300,000 metros, puede decirse que los límites comerciales se detienen en ese término. Cuanto mas fino es el hilo mas cuidados y manipulaciones reclama. Para dar una idea bastante exacta de la diferencia existente bajo ese concepto en la fabricacion, dirémos que la filatura de 50 kilogramos de algodón en los números elevados, representa tanto trabajo como 700 ó 800 kilogramos en los números inferiores.

La fabricacion de mantas gruesas y de algunos otros artículos análogos marca el primer grado de la filatura destinada al tejido. Para esto se emplean los hilos del núm. 6. Los números inferiores á este no sirven mas que para la confeccion de artículos de un género especial que al punto parecen de fabricacion muy fácil: quiero hablar de las mechas para velas; pero es de advertir que este artículo tosco reclama una atencion minuciosa; exige una materia selecta y pura de todos los cuerpos extraños que se encuentran frecuentemente en el algodón.

Los telares mecánicos de donde salen todos esos hilos de una finura tan diferente, se hallaban todos en movimiento en la Exposicion Universal. En su origen estaban muy léjos de tener esa magnitud, esa agilidad que se notan en ellos en el día. Los primeros inventores de los telares para hilar, Richard Arkwright, James Hargreaves, no reconocieron ya sus aparatos transformados. En vez de las veinte brocas que tenia el telar de Arkwright, hoy presenta bancos con mas de 600. El mismo Samuel Crompton que combinó en los *mull jennys* las invenciones de Arkwright y de Hargreaves, se quedaria maravillado ante la fuerza de esos telares automáticos ó *self-acting*, como dicen los ingleses, que vuelven el hilo sobre la broca acercándolo al torno, inmediatamente sin el socorro del hombre, y mucho mejor que podria hacerlo este.

Esta operacion mecánica ha costado mucho; todos los esfuerzos eran inútiles para instalar las máquinas en este nuevo dominio. Los ingleses lograron combinarla, y á su beneficio realizaron una nueva condicion de baratura en la fabricacion de los tejidos de algodón. Es verdad que estos nuevos telares absorben una fuerza motriz mucho mayor que la de los demás; pero esto no podia ser un obstáculo para la instalacion de los nuevos aparatos en un país como la Inglaterra donde el combustible se halla relativamente á un precio tan bajo. No sucedia lo mismo en las manufacturas francesas que tienen que pagarlo á precio mas elevado. De este modo pues, en tanto que esos telares invadían todas las filaturas inglesas y consolidaban su superioridad, en Francia solo penetraban lentamente. Además añadirémos que su precio aquí es excesivo; cada broca cuesta casi el doble de lo que se paga por ella en la Gran Bretaña. Pero á despecho de estas diferencias ya principian á penetrar en este suelo, y aun su propagacion es en este instante una de las señales características de los progresos de las fábricas francesas.

Aunque anterior á la introduccion de esta conquista mecánica, el empleo del vapor como medio para poner en juego los telares de hilar, no es tan antiguo como podria creerse. Aprovechándose siempre de su adelanto primitivo, los ingleses fueron tambien los primeros en esta via: no hace veinticinco años que el vapor se ha utilizado en Francia de un modo general en las filaturas, y ántes de esta época cuando no se tenia un motor hidráulico se establecía un picadero donde trabajaban las caballerías. Los *mull jennys* andaban únicamente con la fuerza del hombre. Es de celebrar que los progresos de la mecánica hayan libertado al hombre de esa tarea pesada y monotoná. Ahora el motor de vapor, ó en su defecto el motor hidráulico ejecutan toda la tarea verdaderamente pesada.

Los hilos de algodón que expusieron los fabricantes franceses, eran en general muy hermosos; reunían la fuerza con la elasticidad y algunos tenían todo el brillo de la seda. En cuanto al mérito de la fabricacion pueden compararse con los mejores productos extranjeros.

La lista seria muy larga si quisiéramos citar todos aquellos fabricantes que podrian reclamar aquí una mencion especial, y así nos limitaremos á unos cuantos nombres que reasumen bastante bien las tendencias actuales de la filatura. El grupo normando nos presenta el de M. Fauquet-Lemaitre á quien la filatura de los números gruesos debe perfeccionamientos muy notables; el de M. Delamarre-Deboutville, cuyos establecimientos pueden tomarse por modelos, y el de MM. Puyver y Quartier hijos, que han sabido aprovecharse de los últimos adelantos de la mecánica. Debemos nombrar además á M. Ch. Levavasseur que fué uno de los primeros que introdujeron en la Normandía los telares *self-acting*, y cuya familia figura hace largos años en esta industria; M. Leveillé, que el jurado de 1849 señalaba como un entendido fabricante y un buen tintorero; MM. Davilliers, Vaussard, etc.

La filatura en fino de Flandes y de Alsacia se hallaba muy bien representada. MM. Mallet hermanos y Ed. Cox se han mostrado á la altura de su antigua reputacion, consagrada por las mas eminentes distinciones

industriales en las exposiciones anteriores. MM. Delebart y Lardemer presentaron tambien productos muy notables. Los hijos de M. Mottebossut (de Roubaix) no son de un número tan elevado como los de los hiladores señalados ya, pero son de una fabricacion perfecta. M. Mottebossut es el fabricante que emplea mas telares automáticos; sus talleres encierran unas 50,000 brocas de esa especie que representan un capital enorme. En el distrito de San Quintin citaré á MM. Aspin y la filatura de Ourscamp, conocida hace mucho tiempo por la superioridad de sus productos.

En la Alsacia donde la industria se halla constituida en condiciones poco inferiores á las de Manchester, nadie faltó al llamamiento; todos los fabricantes habian enviado muestras al palacio de la Industria. Nombrarémos á MM. Dollfus-Mieg, Steinbach y Kœchlin, Nægely, Kœchlin, Dolfus y hermanos Laederick y Goetz, Schlumberger y Steiner, etc. En el radio de Mulhouse, encontraría aun muchas casas que mencionar, pero me limitaré á citar los nombres de MM. Herzog, de Colmar, y Burckardt ó hijos, de Guebwiller. Estos últimos han montado su fábrica de un modo grandioso, desconocido en Francia; su establecimiento no se compone mas que de un inmenso piso bajo. Este modo de construccion permitirá que se comparen dos sistemas diferentes de arquitectura aplicada á la industria; el sistema de los pisos sabrepuestos que hasta hoy es el que se ha seguido comunmente y el de una superficie única á flor de tierra. Si el modo adoptado por MM. Burckardt reclama mas terreno, en cambio se halla mucho menos expuesto á los incendios y otros peligros que resultan del empleo de los agentes mecánicos.

Aunque situada en un valle de la cadena de los Vosges, la fábrica de MM. Burckardt pertenece al departamento del Alto Rhin. Ahora tenemos que mencionar sobre el lado opuesto de la montaña, otro gran establecimiento, el de M. E. Seilliere en Senones que comprende además de la filatura el tejido, el blanqueo y el aderezo. Esta casa se halló fuera del concurso por la posición de su jefe nombrado miembro del jurado internacional, pero obtuvo la medalla de oro en 1849. La especialidad de los hilos finos de la Alsacia recuerda aun otro nombre muchas veces distinguido en las Exposiciones francesas, el de M. Feray de Essonne.

Esta nomenclatura es larga sin duda, y sin embargo, tomando en cuenta todos aquellos que tendrían derecho para figurar en ella, debe parecer bien corta. Pero ya que debemos cerrarla no lo harémos sin citar los nombres de algunos fabricantes de otros países: ¿cómo no se ha de nombrar verbigracia al primer fabricante del distrito de Manchester y de Safford, M. Houldsworth, que podría ser proclamado el primer hilador de todo el mundo? Tampoco quiero omitir los nombres de MM. J. Brook y hermanos de Huddersfield. M. Wieland Smith por la Suiza, y la Sociedad de Pottendorf por el Austria tendrían derecho tambien para reclamar una mención especial cuando se trata de fabricantes de mérito.

LOS BAILES.

Á LA SEÑORITA BOÑA B. F. DE C.

(Continuacion.)

Echa una ojeada á tu alrededor; no te cortes. Cortarse es rendirse á discrecion en manos de los sándios despavilados, los cuales, grandes doctores en las ciencias de sociedad (la buena, se entiende), sin asomo de lástima te servirían como plato de gusto en la mesa de chistes mas ó menos frios ó resfriados con que obsequian el delicado paladar de sus pretensas adoradas.

Alta esa cabeza. Pasea los ojos con libertad sobre esos tapices, por estas alfombras, por aquellas sillerías de damasco y oro. No te conturben las sedas, ni las blondas, ni las pedrerías, ni las luces, ni los espejos. Tampoco te pasmen esos grupos bacantinos que walsan y polquean. Si asoma á tus labios desprevénidos la sonrisa del desden ó del asombro, sujétala con firmeza. ¿Qué extraño es, al fin, que se rinda el pudor á la concupiscencia en gracia de la danza mas ó menos íntima, unas cuantas veces al cabo de las cuarenta y tantas semanas de todo un año entero? ¿Ni qué mucho que la casta doncella íntime hoy provisionalmente con el que mañana, ella ya esposa, ha de ser, si no su marido, por lo ménos su mas rendido ó rendidor amante? Anden, anden, que es bueno prevenir con tiempo la confianza.

Estás en plena buena sociedad. Observa todo con calma, lector amigo. Mira...

Las duquesas de sangre azul y las marquesas de títulos del tres en amorosa concordia: el grande de España agarrado del asentista: el mozo de talento en compañía del necio calificado: el hombre de Estado hinchándose: el pollo desplumando al gallo, y el gallo autorizando al pollo: el cursilismo omnipotente en virtud de la ley de las mayorías: las solteras desplegando á todo viento las alas de su imaginacion, tendidas las riendas del deseo, para pescar un lucido editor mas ó ménos responsable: las casadas cansadas ó antojadizas, dando muestras con su bostezar de lo primero, ó con sus devaneos de lo segundo: los liones de buena raza, desaliñada la melena, mareado el rostro y gentil el ademán, exhibiendo de aquí para allá, y de allá para aquí, con desenvuelto continente, el cansancio moral de sus soit disant místios y fatigados espíritus: las niñas, ó

sentadas junto á sus mamás desluciendo á las autoras de sus dias con el contraste de los pocos y de los muchos años, y en espera, además, de un *sacador ó dialogante*, á quien aguardan con impaciencia mal disfrazada con la trasparente careta de una sonrisa de calma contrahecha; ó bien del brazo de un varonito (ensayo de hombre), revuelto el talle y crispantes los ojuelos, atravesando salones y salones en demanda de una taza de té, taza de té que tardan, por su puesto, en encontrar mas que tardó Hércules en rematar todos sus trabajos inmortales, y taza de té que, cuando dan con ella, la hallan tan inagotable como inagotable es la murmuracion de vecindad, ó la galantería de los amantes, ó la munificencia del amor propio. Mira...

La *tapicería*, los moradores de las esquinas y los *amateurs* de los rincones, compuesto por lo general el semblante, disimulando no siempre con buen éxito, bostezos, discurriendo acerca de « cómo lo que es no debería de ser, » haciendo con insistente curiosidad preguntas, rara vez contestadas satisfactoriamente, á las manecillas de su reloj, y revolviendo al tiempo mismo los escaparates de su memoria á los *futuros contingentes* de sus esperanzas y aspiraciones. Mira...

Parejas que se mueven al son de la música y de su deseo, formando grupos mas ó ménos airosos y elegantes, que se tropiezan de cuando en cuando, que exhiben á la vista del curioso público (de la buena sociedad se entiende) brazos que se enlazan á cinturas, y cinturas que se dejan prender por dichos brazos, talles flexibles que se doblan á la presión de manos á las veces tiránicas, por lo que tienen de *opresoras*; dedos que se ajustan á dedos, rostros que se aproximan á rostros, miradas que se *atan* con miradas, y alientos que con alientos se *combinan* ó se *mezclan*. No soy químico.

¿Te enteras, lector, te enteras? Mas vale así. ¡Dichoso tú! ¡Cuántos y cuántos se van de este valle de lágrimas sin poder decir otro tanto!

¿Qué pasa por aquella niña? me preguntas. Serena aparenta la faz, meciéndose en sus labios una sonrisa que envidiaría un ángel; argentina es su voz de acentos hechiceros.

Oye: ella, cual ninguna de cuantas la rodean, entra pura en estos salones. Ahora su serenidad es á manera de contemplacion. Está deslumbrada por el brillo del fausto que la fascina y de la suntuosidad que la encadena. Ya comienza á perder la libertad de su alvedrío, subyugada por encantos cuya naturaleza desconoce aun, mas cuyas formas la llenan de aombro al experimentar el poder de su eficacia. Sin conciencia cabal de los movimientos de su alma todavía virginal, empieza á caer debajo del imperio deletéreo-omnipotente del Dios Mundo, y es ya presa de muchedumbre de deseos sin nombre, pero tal enérgica virtualidad, que si ahora parecen menudas chispas, habrán luego de tornarse inflamadas y calientes llamas...

Hoy se bautiza; ya la confirmarán. Si no fuera una fórmula fea, y desagradable al gusto y al oído, te diría que los bailes son los templos de la religion del Mundanismo; pero no te lo digo, porque, como ves, es una fórmula que no *llena*.

Así tambien dió principio la historia de aquella dama tan pródiga, que está malgastando en aquel concurrido gabinete de la esquina las seducciones lícitas de su atilada belleza.

En su primera juventud se *mundificó* de lo lindo, y en los umbrales del templo de la vanidad dejó arrumbado el virginal candor de su alma.

Ebria de sus triunfos de salon, necesitaba imperiosamente un esposo que la diese posición y nombre. ¿Porqué no lo habia de encontrar? La partida era igual. Él le daba á ella posición y nombre. Ella en cambio á él una belleza de reputacion y una persona *íntegra*. ¿Qué importa que esté el alma mas ó ménos ali-quebrantada? Por fin dió con lo que buscaba. Ese menguado que tienes á tus espaldas hizo esa obra de caridad.

Habitan una casa suntuosa, lucen magníficos trenes, dan espléndidas comidas.

Si, si, magníficos trenes, suntuosa casa y comidas espléndidas: esto es lo que se ve; porque en cuanto á lo que no se ve, aunque se sepa, como son las quebras fraudulentas, las humillaciones de la honra y los quebrantos de la conciencia, esos son cuentos de viejas, maledicencias de la envidia, y por último, y en todo caso, hechos consumados que pertenecen ya al dominio de la historia, y que es de mal gusto recordar.

¿Qué miras? ¡Ah! lo veo. Aquel es un fatuo á quien no queda si no espirar de gozo porque los ojos benévolos de la dama á quien obsequia, le afianza una victoria que colmará en breve sus mas ardientes deseos. Dentro de una semana, á lo sumo, ya habrá logrado que la murmuracion registre su nombre en la crónica elegante de la buena sociedad.

¿Qué importa en cambio dejar sin virtud á una mujer, sin honor á un marido y sin paz doméstica á una familia?

(Se concluirá.)

Corral de maderas

DE LA ADMINISTRACION DE LAS LINEAS TELEGRÁFICAS EN LAS LANDAS PARA LA PREPARACION DE LOS PILARES.

La administracion de las líneas telegráficas emplea como es sabido, para la suspension de los alambres te-

legráficos unos pilares de dimensiones determinadas que hacen de esta industria un arte verdadero conocido en Francia con el nombre de *inyeccion de maderas*.

Esta operacion tiene por efecto el preservar la leña de la caries seca y húmeda, de aumentar su dureza conservando su elasticidad y de disminuir su juego causado por la influencia de las variaciones higrométricas.

Al doctor Boucherie se deben las primeras observaciones y los primeros trabajos relativos á la conservacion de las maderas; él fué quien reconoció que para conservar la fibra leñosa, era preciso sustraer las materias solubles que encierra ó hacerlas insolubles introduciendo en ellas alguna sustancia que las hiciera infermentescibles, y al mismo tiempo se destruían las propiedades alimenticias que favorecen el desarrollo de los insectos particulares de la madera.

De acuerdo en este principio se imaginaron distintos procedimientos para penetrar las maderas. El mas racional y el mas sencillo era el que indicó M. Baucherie desde luego, y que consistía en utilizar la fuerza determinante de la circulacion de la savia para introducir en un árbol por la aspiracion, una cantidad determinada de una disolucion de alguna sal metálica de base insoluble. Pero este método tenia en la práctica muchos inconvenientes que se oponían á una pronta preparacion de las maderas. Esta dificultad sugirió en breve la idea de una máquina obrando por presión, cuya fuerza aplicada á una de las extremidades hace penetrar el líquido en todas las partes de la masa. Otro procedimiento empleado en Inglaterra, consiste en dilatar el aire y los gases encerrados en las maderas por medio del vapor á una temperatura elevada; luego se practica el vacío y entonces se insertan las disoluciones bajo una presión de muchas atmósferas. Pero estos medios mecánicos presentan inconvenientes en teoría y además son de una aplicacion costosa. Por fin, se imaginó emplear la presión atmosférica, y á M. Boucherie se debe un procedimiento tan sencillo como ingenioso para la aplicacion de esta fuerza; este es el que la administracion de las líneas telegráficas emplea para la preparacion de los pilares que están en uso en la construccion de sus líneas. Vamos á dar aquí una corta descripción que explicará el dibujo que acompaña.

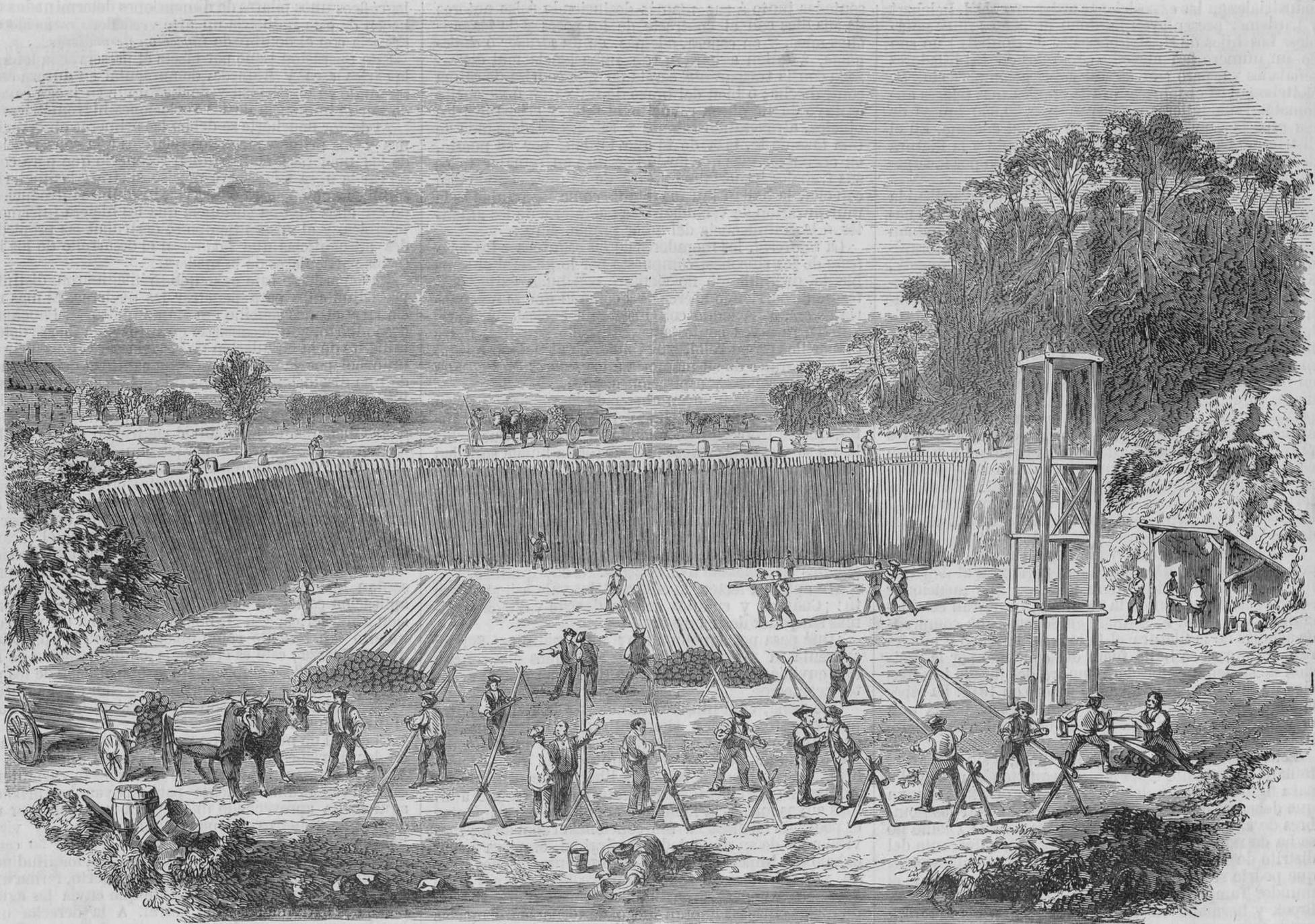
El corral de maderas que representa se halla situado en las márgenes del Midouze, á unos 12 kilómetros de Mont-de-Marsan. En vez de los andamios de carpintería que sirven ordinariamente para apoyar los árboles, aquí se ha aprovechado una meseta terminada por un declive de 6 metros de inclinacion. Arriba hay vigas horizontales sostenidas por caballetes á unos 50 cent. del suelo, y abajo una pequeña cortadura longitudinal, sostenida por dos tablonces de ángulo abierto, forma una reguera bajo una doble pendiente que envía las aguas á las dos extremidades del corral. A la derecha una bomba con armazon de madera, eleva las aguas de un manantial y las lleva por un conducto á un receptáculo, donde se distribuyen por canalizas subterráneas en muchas cubetas por toda la extension del obrador. Sobre la plataforma hay una hilera de toneles para contener la disolucion de sulfato de cobre que debe inyectarse.

Los maderos de pino se llevan al corral con su corteza, aunque cortados á lo largo; la talla no se remata sino á medida que lo va exigiendo la preparacion á fin de que la savia conserve mayor actividad. Pero con el trayecto del bosque al corral se produce en la seccion del árbol un derrámen de resina que obstruye los poros de la parte cortada, se quita una torta de uno á dos centímetros y le dan la forma de un tronco de cono para adaptarle un recipiente de plomo que tiene tambien la forma troncocónica. Así preparado el pilar se coloca sobre el plano inclinado, la cabeza apoyada sobre la parte interior de la reguera y el pié arriba; entonces se llena el recipiente de la disolucion y la inyeccion principia. Al cabo de algunas horas de operacion se ve correr la savia por la parte inferior; con frecuencia sucede que al principio la infiltracion del líquido se detiene en la base por una acumulacion de resina y en este caso es preciso quitar el recipiente, serrar de nuevo y colocarle en seguida. El tiempo que se emplea en la inyeccion de un pilar varia segun la estacion, la edad y la capacidad absorbente del árbol. La marcha del licor es mas rápida cerca de la corteza que en las partes mas próximas al corazon. Hay esencias, como el pino marítimo, que no se penetran nunca. Las esencias mas húmedas, ó en una misma esencia los árboles que han crecido en terrenos húmedos se penetran mejor. Se reconoce que un árbol está inyectado cuando cortando su cabeza se distingue la tinta verdosa del sulfato de cobre.

Cuando los árboles están inyectados se ponen al pié del monton, y en seguida se les quita la corteza. Esta operacion se hace colocando el pilar horizontalmente sobre dos caballetes; el pilar debe quedar lo mas derecho posible. Luego se disponen en montones regulares hasta que salen del corral.

Se calcula que un pilar de 8 metros y de 0 m. 18 de diámetro á 1 metro, absorbe de 1 kil. 300 gram. á 1 k. 500 gram. de sulfato de cobre que representan á su precio actual un gasto de 1 fr. 50 c. Si se añade el coste del árbol, el de la mano de obra y los gastos de explotacion de todo género, se forma un total bastante considerable para cada pilar, proporcionado sin embargo, á las localidades donde se practica la inyeccion.

El departamento de las Landas, en razon de sus inmensas explotaciones forestales es seguramente el que ofrece en Francia los mayores recursos para el abastecimiento de la administracion telegráfica, si bien es



Corral de inyeccion de la administracion de las líneas telegráficas en Besle (Francia).

cierto que habria mucho que hacer para que los bosques produjeran la leña en la abundancia que podria esperarse.

EL PUENTE DE ARCO SOBRE EL ARDECHE (FRANCIA.)

En el antiguo Vivarais no léjos del nacimiento del Loira á 1,428 metros sobre el nivel del mar, el Ardeche sale á borbotones de las entrañas de la tierra. Humilde arroyuelo en su principio, pero aumentado en breve por los muchos afluentes que vienen á pagarle su tributo por todas partes, no sin trabajose abre un camino hasta el Ródano por un terreno desigual y trastornado. Su curso es una lucha perpetua; unas veces escala un banco de rocas con la impetuosidad de su corriente, otras da vuelta á un promontorio bañando la base; aquí se extiende en anchas sábanas sobre una llanura de casquijo, y luego recogiendo de repente sus aguas diseminadas se desliza como una serpiente entre dos masas graníticas caídas de las montañas próximas. Antes de llegar á Aubenas, el Ardeche se despeña por una muralla natural que tiene 40 metros de alta. La velocidad de que se hallan animadas sus aguas les da una fuerza tal cuando falta el nivel, que en vez de caer por la muralla perpendicularmentese lanzan en masa en el vacío formando una bóveda bajo la cual puede pasar la gente.

El curioso que visita en un día de sol ese extraño desfiladero cerrado en un lado por la roca, y en el otro por el rio que corre por encima, puede creerse trans-

portado en medio de aquellos palacios submarinos de que habla la mitología. A través de aquellas aguas suspendidas donde resplandecen reflejos de nácar, donde los rayos del sol quebrados de mil maneras brillan como una lluvia de diamantes, el ojo distingue el azul del cielo, los detalles del paisaje. Pero ese cielo, ese paisaje por efecto de la interposicion de la cascada, toman un matiz tornasolado indefinible, sin analogía con ese tono mate y uniforme de una perspectiva vista por las vidrieras de colores de un pabellon chino.

Despues de haber pasado el pueblo de Aubenas el Ardeche tiene un cauce mas regular y deja á la izquierda la antigua aldea del Vallon. A dos kilómetros de este punto un trozo de las montañas que se alargan muriendo hácia el Ródano corta el rio bruscamente; si esta barra gigantesca cuya cresta mide mas de 63 metros, estuviera llena, interceptaria toda salida á las aguas del Ardeche; pero en la época de las grandes tormentas geodésicas cuando la corriente del Ardeche llevaba torrentes de lava incandescente, la lava abrió la

base de la roca transformándola así en un puente bien superior á todo lo que el hombre habria podido intentar de mas atrevido en este género. En efecto, el único ojo de este puente conocido bajo el nombre de puente de Arco, tiene 63 metros de anchura y 33 metros de elevacion. Pero lo que pone el colmo al asombro del viajero cuya mirada mide por primera vez esa abertura practicada en un solo trozo de mármol es la regularidad casi geométrica de su inmensa curva.

Sobre la orilla izquierda del Ardeche á los piés de la masa granítica que forma el puente de Arco, se abre un estrecho valle limitado por todas partes por un circo de rocas amontonadas sin orden, restos de una montaña cuyas conmociones subterráneas trastornaron sus cimientos y dejaron peladas sus entrañas. Este valle, verdadero oasis de verdura se halla separado de lo demás del mundo, pues solo se penetra en él, abordando con un barquichuelo en el punto en que desemboca sobre el rio.



El puente de Arco sobre el Ardeche, cerca de Valloy (Francia).

Recuerdos del Asia. — Vista al templo de los fuegos eternos de Baku.

Durante mi permanencia en Tiflis en 1854, oí contar cosas tan singulares del templo de Baku, consagrado al culto de los adoradores del fuego, que tanto por satisfacer mi curiosidad como por conocer la verdad de todas las narraciones contradictorias que me hacían, no pude resistir al deseo de emprender la caminata.

A la noticia de mi próxima expedición, el príncipe y la princesa S... C..., la condesa S... y el barón M..., tan curiosos como yo quisieron acompañarme. En breve se organizó nuestro viaje, y en los primeros días del mes de mayo siguiente salimos de Tiflis.

Costeando al principio la orilla derecha del Kur, tuvimos que atravesar durante muchos días, en medio de un calor tropical, inmensas llanuras desiertas sin vegetación casi cubiertas de piedras, que no ofrecían el menor abrigo contra los rayos de un sol abrasador, ni contra los millares de mosquitos que nos perseguían inexorablemente con su zumbido monótono y sus picaduras. No pudimos tomar el menor descanso. Esas llanuras inundadas en invierno, y llenas de barrancos anchos y profundos practicados por las aguas que bajan furiosas por las vertientes de las dos montañas que las encajonan, se quedan casi secas en el verano y presentan mil obstáculos al viajero. Sin embargo, a pesar de lo adelantado de la estación, el cauce violento de alguno de esos torrentes nos habría arrasado sin duda alguna, si el valor y energía de los individuos que nos daban escolta no nos hubiesen preservado de todo accidente. Solo perdimos en las aguas una parte de nuestros bagajes y provisiones.



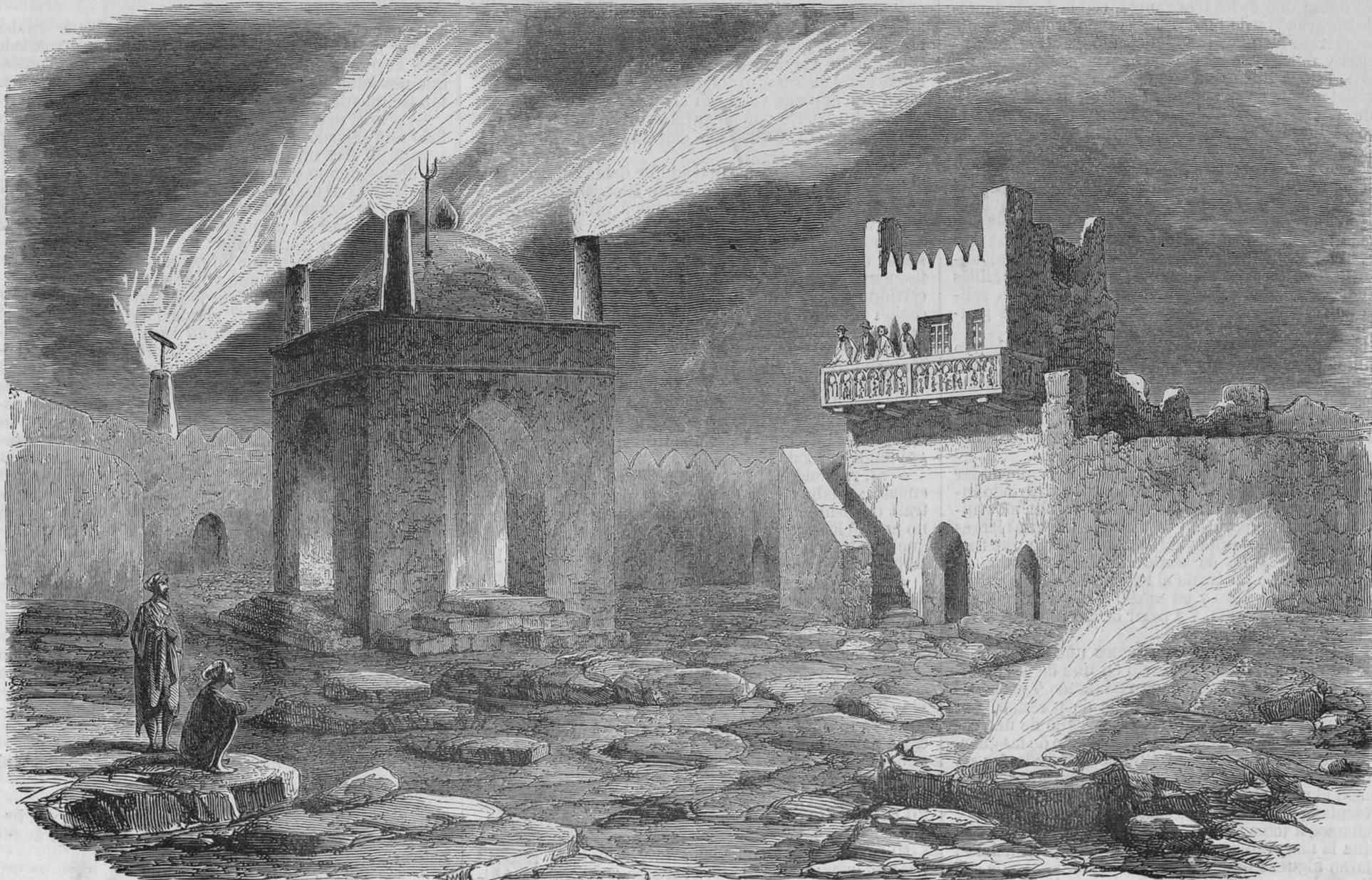
Gauros adoradores del fuego en una celdilla del templo de Baku.

Mas adelante pasamos el riachuelo Kramm por el puente que los tártaros llaman Synck-Keurpi (puente ruinoso). Construcción del siglo XII este puente que en otro tiempo era todo de ladrillos, fué llamado por los rusos el Puente-Rojo, nombre que ha conservado siempre aunque Jorge Rostan, rey de Georgia, le mandó restaurar enteramente con piedras sacadas del cauce del Kramm. Hoy a pesar de estar deteriorado, parece una ruina romana en medio de un desierto.

Al salir de esa naturaleza tan pobre una población tártara llamada Elisavetpol nos pareció un paraíso. Al ver sus jardines espléndidos esmaltados de frutas y flores raras, sus árboles de una altura colosal, sus casas bajas construidas de tierra y abrigadas por frondosos bosquecillos de una frescura deliciosa, y sus callejuelas cubiertas también con una bóveda de verdura, es imposible no creerse en un Eden. A nuestra llegada fuimos recibidos con mucho agasajo por M. Melicof un rico armenio que estaba prevenido ya de nuestro paso por algunos compañeros de viaje que nos habían tomado la delantera en el camino de Baku.

M. Melicof nos confió su carruaje, el único que se conocía en el país, para recorrer las cercanías. Visitamos también la mezquita que no ofrece nada de notable.

Al cabo de diez días pasados en esos lugares encantadores nos despedimos de M. Melicof y nos dirigimos hacia Schmacki, población persa sobre la cuesta de una montaña de una tristeza y de una aridez extraordinaria. Las casas son inmundas y causa la mayor extrañeza el ver a una porción de toscos aldea-



El templo de los fuegos eternos, en Baku.

nos ocupados en medio de ese caos, en tejer por medio de telares en la infancia aun, las preciosas sederías que llevan indiferentes como vestidos usuales hasta que se reducen al estado de harapos.

Un opulento tártaro nos cedió con mucha afabilidad una parte de su casa amueblada á la europea reservándose solo para sí su habitación particular, especie de haren que consintió en que visitáramos pero despues que habia tenido el cuidado de poner sus mujeres al abrigo de toda mirada profana.

Permanecimos muy poco tiempo en esta poblacion y llegamos por fin á Baku el 4 de junio.

Baku es una plaza fuerte situada á unos 30 kilómetros de Schamacki (long. 50, lat. 40), en el Schivan. Cedida por la Persia á la Rusia en 1728, y recobrada en 1735, fué de nuevo entregada á la Rusia definitivamente en 1801. Es el mejor punto del mar Caspio. En sus cercanías están los manantiales de aceite de petróleo, con el que se hace un gran comercio.

Las autoridades, prevenidas por nuestros amigos, nos acogieron favorablemente; ya nos tenían dispuesta una casa y nos llevaron á ella.

Todas las construcciones de la ciudad consisten en casas ruinosas de una blancura deslumbradora y todas con azoteas.—Dos dias despues visitamos el bazar y la mezquita, y despues el príncipe Gregorio Gagarine y yo fuimos á dibujar algunos de los ricos detalles del palacio de los khanes edificado por Abbas. La Rusia ha hecho restaurar magníficamente ese palacio.

Al otro dia el comandante militar Cowenne, cuyas dos señoritas eran mis discipulas, y el jefe de distrito Bemonquief, nos invitaron á explorar los manantiales de aceite mineral. A pocos dias nos dirigimos en fin, acompañados de unos veinte hombres tártaros á caballo que nos servían de escolta y de guia, hácia el templo de los Fuegos eternos.

Este templo está situado sobre las orillas del mar Caspio á unas 35 verstes de Baku. De forma irregular ocupa una superficie de 200 metros cuadrados y parece una fortaleza persa. Los hombres mas entendidos del país desconocen su origen. Dícese que ha sido reconstruido muchas veces por los verdaderos creyentes. En sus muros que tienen como unos 3 metros de grueso, hay por el lado del patio unas cincuenta celdillas que no reciben luz por ninguna abertura. En este patio se ven montones de piedras dispuestos sin simetría en forma de hogueras; en medio se eleva un templo de forma cuadrangular coronado con una cúpula encima de un horno parecido á un cráter; esta cúpula se halla sostenida por cuatro pilares que sirven de chimeneas por donde salen las llamas.

Hace algunos años treinta y cuatro gauros ó indios, adoradores del fuego, acudieron allí para mantener el servicio del culto en el templo de Baku; pero ya cuando nosotros fuimos solo quedaban tres, los restantes habian muerto.

A nuestra llegada no habia mas que dos chimeneas encendidas; uno de los tres gauros, con la frente pintada de encarnado y de blanco, esperando probablemente á que cerrase bien la noche, encendió las otras dos chimeneas y muchas de las hogueras, por medio de un puñado de estopa inflamada á la punta de un palo largo. Inmediatamente en medio de aquella noche silenciosa y sombría, las paredes del templo tan blancas como la nieve se iluminan; una llama larga y roja, su humo, se escapa de cada chimenea, de cada hoguera y el espacio se cruza de lenguas de fuego. Nada puede igualar el aspecto grandioso de esa terrible escena.

El calor llegó á ser tan grande que pronto tuvimos que refugiarnos en un vasto aposento situado sobre la entrada principal, donde estaba dispuesta una cena opípara. Todo se habia hecho con aquella lumbre gigantesca. Despues de la cena asistimos á una de las celdillas que deberian llamarse hornos, á una ceremonia religiosa que celebran allí todos los dias aquellos tres gauros.

A pocos pasos del templo existe un pozo, verdadero hornillo que no se puede apagar y cuyo calor es insuportable. Este pozo, abierto probablemente por los antiguos adoradores cuenta una superficie de 4 metros cuadrados y parece de una profundidad de 15 metros.

Al dejar aquellos lugares nosotros mismos le dimos fuego por varios puntos, y se quedó ardiendo.

Serian las dos de la mañana; nos quedaba que andar mucho camino en el cual nos habríamos extraviado infaliblemente si los hombres de nuestra escolta no hubiesen tenido la precaucion de tomar unas varas largas con un hierro á la punta guarnecido de estopa que mojan en unas vasijas de aceite mineral de tiempo en tiempo. Este viaje nocturno al resplandor de las antorchas bajo un cielo puro y en medio de aquella naturaleza seca, pelada y árida, y á pesar de eso pintoresca tenia algo de fantástico.

De vuelta en la poblacion pasamos una parte de la noche en el jardín público situado en una de las esplanadas de la ciudad, bonito paseo restaurado y embellecido por los rusos despues de su toma de posesion. Los soldados rusos nos dieron allí el espectáculo de una comedia militar á su manera; era un episodio de las guerras de Napoleon. Los trajes aunque improvisados no eran malos. El papel de la heroina, cuya abnegacion formaba el argumento de la pieza, estaba bastante bien representado por un soldado ruso. Concluida la funcion, marchamos á tomar el té en la azotea desde donde se domina la mar. Entónces, á guisa de fuegos artificiales, arrojaron algunas toneladas de aceite mineral y le encendieron lo que produjo el efecto de una inmensa serpiente de fuego sobre las olas agitadas.

Pocos dias despues, dieron en el mismo jardín un concierto á cuya salida nos embarcamos en la chalupa del gobernador marítimo. Las autoridades civiles y militares que, en medio de todas las fiestas que nos obsequiaban, no habian cesado de acompañarnos, nos mostraron los restos de una posada enterrada ahora bajo las aguas del mar que en ese sitio tienen una profundidad de 10 metros.

En un tiempo muy remoto sin duda, esa posada que tiene todavia algunos fragmentos sobre la superficie del agua, debia hallarse á bastante distancia de la orilla. A unos 20 kilómetros de ese último lugar la mar, profunda de 12 metros, y á la distancia de media legua de la costa, deja escapar en medio de las aguas muchas lengüetas de gas. Uno de los barqueros quiso prenderlas fuego con una estopa inflamada, pero se lo impidió la violencia del viento que nos apartaba siempre de aquel sitio. Por fin, al cabo de muchas tentativas lo conseguí; el viento nos llevó á esa mar de fuego que gracias al vigor de nuestros remeros atravesamos rápidamente sin ninguna avería. Entónces nos pusimos léjos y pudimos admirar despacio aquel fenómeno singular. Poco á poco las lengüetas perdieron fuerza y se separaron, y por último se apagaron bajo la presion de los vientos contrarios.

F. H.

VALERIANO.

(Continuacion.)

Acababa de llegar al pueblo uno de esos médicos jóvenes que la excesiva concurrencia de Paris envía á buscar fortuna á las provincias. Pasaba por un hombre hábil y estudioso, y un dia podía llegar á ser para mí un rival terrible. Al ménos tal fué la opinion del viejo facultativo á quien fué á visitar, el cual no le ocultó el interés que me tenia. Efectivamente el buen hombre dió pronto una prueba de afecto mas grande que todas las demás: tenia una hija de diez y siete años, graciosa aunque no era bella, sensata, y dotada de un buen corazon y de un carácter excelente, y dijo á mi madre que queria casarla, si era posible, con un médico. Para esto tenia dos razones: la primera que se consideraria muy dichoso dando la mano de su hija á un hombre que ejercia una profesion que le gustaba entre todas y á la que debia su existencia, y la segunda que supliria su falta de fortuna cediendo á su yerno toda su parroquia.

Mi madre sabia lo mucho que nos estimaba; su hija me tenia cierto cariño, y prometiéndose que mis disposiciones no serian ménos favorables, nos proponia una alianza que, á su juicio, era igualmente feliz para ambos jóvenes, y provechosa tambien para ambas familias.

Mi madre le respondió que le daba un millon de gracias por su generoso propósito; no quiso hablar por mí antes de haberme consultado, pero no dudaba que yo aceptaria con júbilo el ofrecimiento del facultativo.

En cuanto volví á casa, mi madre me dió parte de las intenciones de nuestro amigo y de sus propias esperanzas, y me dijo que veria con el mayor placer la realizacion de un enlace que aseguraba mi porvenir; mi noble madre era demasiado delicada para hablar del suyo.

Yo recibí cortado una noticia que debia colmarme de alegría; guardé algun tiempo un silencio oprimido, y al fin dominando mi emocion, dije á mi madre que le pedia veinticuatro horas para decidirme. Mi madre me respondió que hacia muy bien en reflexionar antes de tomar un partido tan grave, pero en la expresion de su fisonomía y en el temblor de su voz, conocí que mi incertidumbre la causaba un disgusto profundo. Sobre cogido de vergüenza y de remordimientos, estuve á punto de arrojarme á sus piés para pedirle perdon y decirle que aceptaba; pero la pasion mas fuerte en mí comprimí el impulso de mi conciencia.

Inmediatamente monté á caballo y salí á galope hácia la casa del baron, prometiéndome que Agata estaria sola.

— ¡Agata! exclamó Valeriano interrumpiendo al cura; ¿se llamaba Agata?

— Sí, respondió el sacerdote sin levantar los ojos. Me engañé; estaba en la sala con su padre y su tia. Yo traté de disimular mi emocion, pero ella la adivinó y no apartó los ojos de mí un solo instante. Fingiendo que jugaba con un lápiz hallé medio de trazar estas palabras en un papel:

«Tengo que hablaros indispensablemente. Esta noche á las nueve estaré en el parque á la entrada del bosque que os ruego que vengais; estriba en ello la felicidad de mi vida.»

Al pasar por delante de Agata alargué el papel temblando y ella le tomó y le ocultó rápidamente. Salí con la cabeza loca, pero con ménos amargura que habia entrado.

Por la noche llegué á la cita una hora antes; até mi caballo á un árbol en los campos, subí la tapia del parque, llegué á la entrada del bosque y esperé el momento en medio de una inquietud devoradora. Temia que no viniera; cada minuto me parecia una hora. Por fin llegó, habia sido exacta, pues apenas habian dado las nueve.

Mi corazon latia con violencia y estuve un rato sin poder hablar; tambien ella guardaba silencio. Por último, logré contarla lo que habia pasado y exclamé bruscamente:

— Ya sabeis que os amo: ¿que debo hacer?

Valeriano, ¿qué puedo decir? No me casé.

Aquí el abate Pascal vencido por los recuerdos se detuvo de nuevo recobrando fuerzas, y luego prosiguió:

— Cuando anuncié mi negativa á mi madre, no me hizo la menor observacion. Mi conciencia me hablaba mas severamente que ella habria podido hacerlo, pero era en vano: habia entrado en una senda fatal donde retroceder me era imposible.

Algun tiempo despues el médico recién venido se casó con la señorita que me habian propuesto, y heredó inmediatamente la parroquia de su padre político. Mi porvenir y el de mi madre estaban medio perdidos; ella no se quejaba, y yo no queria pensar en nuestro destino.

Me entregué con furor á mi pasion devoradora; apenas tenia tiempo para ocuparme de otra cosa, y cuando llegaba á brillar un relámpago cerraba los ojos por no verle. Marchaba en la vida como un hombre ebrio por un camino resbaladizo; descuidaba todos mis deberes, y mas de un enfermo ¡Dios me lo perdone! pagó mi preocupacion constante. Estaba como quien ha perdido la memoria: muchas veces en lugar de guiar mi caballo hácia los sitios donde me esperaban le dejaba andar á su capricho, y volvía á casa sin saber donde habia estado. Otras veces iba á sentarme al pié de un árbol para pensar en ella, ó daba vueltas en derredor de su casa para tratar de descubrirla á lo léjos. Dejaba pasar las horas sin contarlas, sin notar siquiera que pasaban. El sol en el ocaso me advertia y me daba la señal de la vuelta, y entónces, en vez de arrepentirme, me regocijaba, pues se acercaba para mí el instante de la vida: como el ave nocturna empleaba el dia en esperar la noche.

Un mes pasé embriagado en una felicidad terrible. Mi conciencia murmuraba sordamente en mi interior, y turbaba de tiempo en tiempo con siniestros estallidos el himno triunfante del amor; pero cuanto mas negro me parecia el porvenir, mas me entregaba al presente, mas mi alma saboreaba con furiosa avidez los goces envenenados de aquella fiesta que podia finalizar de un momento á otro.

Llegó el otoño y se acabaron los baños.

Una noche Agata me anunció que se volvía á Paris con su padre y su tia. Esta noticia, que habia debido esperar, me llenó de asombro y de espanto.

— ¡Os marchais! exclamé consternado, y como hace poco deciais, Valeriano, añadí: — ¿Pero si os marchais, qué será de mí? ¿Acaso puedo vivir léjos de vuestra persona?

— ¿Y creéis que lo puedo yo? me dijo ella.

— ¿Qué harémos pues?

— A mí es imposible dejar á mi padre sin perderme; pero vos podeis seguirme.

— ¿Y mi madre?

— La llevaréis en vuestra compañía; ¿qué hace aquí? Con estar á vuestro lado se hallará contenta en todas partes.

Hablaba como una persona rica, sin suponer en los demás obstáculos materiales. Yo la amaba demasiado para avergonzarme con ella de mi pobreza, y la confesé que nos faltaban recursos para cambiar de residencia tan fácilmente.

— ¿No es mas que eso? me dijo con alegría; entónces todo está salvado. Mi padre me da cuanto dinero quiero, y para mí será un placer muy grande al poner á vuestra disposicion lo que necesitéis.

La altivez de mi carácter y el pudor de mi cariño me impidieron igualmente el aceptar la oferta; Agata se sorprendió, casi se incomodó con mi negativa, y como yo insistiera en ella me dijo:

— Eso quiere decir que no me amais.

— ¡No amaros! repliqué yo arduosamente.

— Si me amarais obraríais de distinto modo. ¿Porqué la injuria de esa negativa? ¿Dudais de mi delicadeza? ¿Me creéis capaz de echaros en cara alguna vez el ligero servicio que habria podido hacerlos en bien de entrambos? ¡Oh! no es posible suponer una bajeza en el sér amado. Entre personas que se aman todo debe ser comun, y yo en vuestro lugar no vacilaria un solo instante, no; me consideraria, por el contrario, muy feliz cuando os debiera no alguna cosa, sino todo. ¿Es porque sois un hombre y yo una mujer? Linda razon es esa; de modo que en vuestro amor hay orgullo y haceis con respecto á mí reservas de superioridad. ¿Qué quiere decir eso? ¿Con qué derecho el hombre impondria á la mujer el despotismo de su proteccion, sin querer aceptar jamás la igualdad en el beneficio?

Y así continuó largo tiempo empleando para persuadirme los razonamientos mas especiosos, apelando alternativamente á mi espíritu y á mi corazon, y reuniendo tambien á todas mis pasiones buenas ó malas. Yo permanecí inflexible y ella echó á llorar. Entónces lloré yo tambien, y por espacio de algunos minutos no nos respondimos mas que con sollozos. De repente ella alzó la cabeza y me dijo enjugando sus lágrimas:

— Vamos, todo está arreglado; he hallado un medio.

— ¿Cuál es? la pregunté con sorpresa.

— Puesto que no quereis moveros, yo permaneceré aquí.

— ¿Vos aquí? ¿con vuestro padre?

— No, es preciso un sacrificio, y como no quereis hacerme el de vuestro amor propio, yo os haré el de mi honra.

Estas palabras me llegaron al alma.

— ¡Perdonadme! exclamé arrojándome á los piés de Agata: no habria debido esperar á que me dijeran el

ejemplo del valor; me es imposible deplorar la flaqueza á que debo una prueba tan grande de vuestro cariño, pero será la última, la sola. Mi corazón sabrá elevarse á la altura del vuestro, y nada me hará retroceder en adelante para manifestaros á mi vez la profundidad de mi amor. Saldré de aquí; os seguiré por todas partes, dispuesto á daros mi sangre si es preciso. Era un insensato cuando pensaba que podría obrar de otro modo, pues mi vida se halla enlazada indisolublemente con la vuestra.

¡Oh! mas deliraba aun cuando pronunciaba semejantes palabras. ¿Acaso no inmolaba el amor filial en el altar del amor del amor?

Agata me dió las gracias con efusion, y creyendo que yo aceptaba sus ofrecimientos, me preguntó cuánto necesitaba.

— Nada, la respondí, estoy acostumbrado á trabajar: conozco París, y me prometó que no me será mas desfavorable que mi provincia. Allí como aquí debo encontrar recursos en el ejercicio de mi estado. Y además, si me engaño, si debo padecer, lo que he hecho ya en el interés de mi porvenir, podré hacerlo tambien por mi amor.

Agata se sonrió con mi proyecto, me animó en mis esperanzas y pintó con los colores mas risueños el dudoso horizonte de mi porvenir. Su padre agradecido á mis buenos cuidados y seguro por experiencia de mi habilidad, no dejaria de recomendarme á todos sus amigos. Tenia muchas relaciones y gozaba de la mayor influencia: su proteccion seria para mí tan eficaz como su patrocinio seria honroso, y una vez lanzado en el gran mundo, no tardaria en hacer fortuna. Entonces podría entregarme sin reserva á esos hermosos estudios que tenian para mí tantos encantos, á esos grandes trabajos en que debía hallar la gloria, y cuando hubiese podido conquistarme un gran nombre y una elevada posicion nada se opondria ya á nuestra dicha. El baron tenia demasiada inteligencia para no comprender que en nuestra época todas las aristocracias son hermanas y que el nacimiento podia sin rebajarse entrar en alianza con el talento. Además, aun cuando conservase las preocupaciones de su raza, su ternura paternal era demasiado fuerte para no vencerlas y su hija se comprometia á arrancarle el consentimiento.

Hechicera irresistible evocaba á la vez mi amor y mi ambicion marchando por el mismo camino de la mano y alcanzando juntos sus fines.

Mi madre no habia sido olvidada en estos sueños de felicidad. Desde mis primeros triunfos debia yo llamarla á mi lado y obligarla á bendecir mi atrevimiento dándole una existencia mas dichosa.

Dejé á la jóven embriagada mas que convencida. Efectivamente cuando llegó el instante de dar parte á mi madre de mi resolucion y de mis proyectos, aunque con reservas, no lo hice sin un temblor interior, sin muchas angustias. Mi madre guardó el silencio segun su costumbre cuando desaprobaba alguna cosa de mi conducta. La pregunté su opinion aunque de antemano la sabia, y quise tratar de persuadirla de aquello mismo de que no estaba yo seguro á fin de hallar en su conviccion motivos para fijar mis propias incertidumbres y disipar mis escrúpulos. Pero no pude arrancar mas respuesta que esta:

— Mi querido hijo, te veo marchar con sentimiento; pero no debes guiarte por mí; eres mejor juez que yo en esta cuestion, y lo que hagas estará bien hecho.

No habia medio de combatir una opinion tan reservada, ni una voluntad que tan poco se defendia. Me quedé, pues, entregado á todas mis dudas, y al propio tiempo á todos mis deseos; el desenlace no podia ser dudoso, la pasion se llevó el triunfo.

Algunos dias despues Agata se marchó y yo la seguí.

¡Oh! ¿porqué no escuché la voz profética de mis tristes presentimientos que entonces oprimieron mi corazón? Tarde era, pero todavia era tiempo.

Toda mi vida me acordaré del momento de mi marcha. Era una mañana de otoño; el cielo estaba encapotado, el aire brumoso y frio, el viento gemia en las chimeneas y silbaba bajo las puertas.

Todos mis preparativos estaban hechos, y esperaba el coche que debia pasar dentro de media hora. Esta media hora fué mortal; habria querido no marcharme nunca, y sentia no haberme marchado todavia. Pensaba en Agata que se alejaba y en mi madre que se quedaba en casa. Mi eleccion estaba hecha, pero habria querido que la víctima designada no hubiese sentido su infortunio. No me atrevia á desplegar mis labios: ¿qué decir? Me paraba, me detenía, me sentaba alternativamente para matar el tiempo; apenas podia disimular mi agitacion y en cuanto á calmarla era imposible.

Mi madre estaba sentada en su gran sillón, pálida y silenciosa como su hijo. Sus manos que tenia cruzadas sobre su pecho se estrechaban á veces convulsivamente, y cuando por acaso sus miradas se cruzaban con las mías, trataba de sonreír, pero esta sonrisa me hacia daño; detrás de ella veia yo lágrimas.

No pudiendo contener yo mi emocion me fuí al jardín. Algunas hojas secas cayeron á mis piés, eran las primeras que echaba abajo el viento. Esto me pareció un presagio funesto. Por lo demás todo me parecia triste en mi derredor; los árboles se inclinaban tristemente como suspirando un eterno adios; mis pobres flores casi todas mustias volvían hácia mí sus corolas pálidas. Me bajé para coger un miosotis, simbolo del recuerdo, que se arrancó fácilmente de la raíz que era su vida; las yerbas que le rodeaban estaban húmedas y heladas por la muerte.

Habriase dicho que mi pobre morada se asociaba en-

tera en un mismo dolor para reconvenirme porque la abandonaba.

Yo lloré amargamente y mucho rato.

¡De qué poco dependen vuestras resoluciones! Quizá no me habria marchado, si no hubiera estado tomado mi billete; no habria tenido fuerzas para tomar mi cofre y llevarle al carruaje, pero cuando vino á buscarle el mayoral no tuve valor para decirle que le dejara allí, pues habia cambiado de propósito. Carecia yo de voluntad, y por decirlo así, de pensamiento.

El mayoral salió y yo me quedé en el mismo sitio como una máquina que dejan sin movimiento, hasta que mi madre vino á mí para despedirse: entonces me arrojé en sus brazos y confundimos nuestras lágrimas y sollozos.

La voz del mayoral vino á poner un término á esta escena desgarradora.

— Vamos, adios, me dijo mi madre haciendo un violento esfuerzo sobre sí misma.

— Adios, respondí yo, pronto nos veremos.

— Sí, pronto, repitió ella sin creer en mis palabras.

Veinte veces mas nos dijimos adios, y cuando obedeciendo á la voz del mayoral yo me alejaba ya, mi madre exclamó por última vez:

— Adios, hijo mio, sé dichoso.

Y se volvió á la casa, que ya estaba vacía para ella.

Yo subí al carruaje, y encontré allí varias personas que hablaban de los precios de los granos en el último mercado como de la cosa mas importante del mundo, y de la suerte que habia tenido el vecino para vender sus carneros. Otros contaban la historia de un pleito entre dos hacendados ó calculaban la parte de herencia que le tocaba á fulano ó zutano. Nadie parecia comprender que pudiera existir otro interés que el del dinero.

Sin embargo, se encontraba allí un jóven que habria debido participar de mi tristeza: habia caído soldado y dejaba su familia para ingresar en el regimiento. Pero habia sofocado su pena en la embriaguez y cantaba á voz en grito con un aire estúpido.

¡Ay del que abandona el hogar paterno! Como el pájaro lejos de su nido no tendrá ya donde descansar sus miembros fatigados, donde calentar sus alas mojaditas por la tormenta. Para este ya no hay corazón amigo que adivine sus pensamientos, ni voz que sepa hablar y callar oportunamente, ni mano que busque la suya, ni mirada que corresponda á su sonrisa, ni frente que se incline sobre su dolor; marchará al acaso, solo, desconfiado y encerrado en sí en medio de los hombres, y parecido al esquife combatido por las olas entre los escollos, tropezará por todas partes con la sombría impasibilidad de la indiferencia pública. Viajero perdido en un suelo extranjero, no puede cambiar con nadie palabras de amistad, pues nadie habla su lengua, y tiene que murmurar en el fondo de su alma el estéril monólogo de su padecimiento. Entonces se acuerda de las fáciles y agradables relaciones de la vida de familia, de las conversaciones íntimas, del silencio confiado en torno del hogar doméstico; comprende, admira su felicidad pasada y se sorprende de haberla perdido voluntariamente, ¡vanos pesares que ahuyenta de un soplo el demonio de las vanas esperanzas! El imprudente seguirá marchando por ese camino donde le habrá lanzado su locura, sin que la luz del día le impida extraviarse en medio de esos senderos desconocidos, cuando ántes podia recorrer á paso seguro, en medio de las tinieblas, los caminos familiares de la vida.

Mi existencia en París fué una mezcla de embriaguez y desesperacion.

Agata vivia en una de las mejores casas del barrio de San German; el patio daba á la calle, y el jardín tenia una puertecilla falsa cuya llave estaba en mi poder; por esa puerta me introducía yo fácilmente todas las noches.

El día le pasaba trabajando y esperando la noche, en un cuartito que habia alquilado allí cerca; pero mi continua preocupacion hacia que mi trabajo fuera febril y estéril. Habia perdido á la vez la paz del corazón y la energía de una buena conciencia. Todo lo olvidaba cerca de Agata, pero una vez solo me devoraban los recuerdos. Contaba con espanto los dias que pasaban llevándose mis escasos recursos sin darme otra cosa que vagas esperanzas.

El baron continuaba recibíndome muy afable, y cumplia la promesa que me habia hecho su hija de recomendarme á las personas que conocia. Pero todos aquellos á quienes era presentado me pagaban con buenas palabras, y despues de haber llenado así con el baron sus deberes de cortesía no volvían á acordarse de mi persona. No hacia una visita ni daba jamás una consulta.

Cuando al cabo de dos meses comuniqué á Agata mi pesar y mi inquietud, ella me reconvinó dulcemente por mi falta de paciencia, y me animó á perseverar respondiéndome de todo si yo queria confiar en su amor. Me avergoncé de lo que ella llamaba mi flaqueza, la pedí perdón por mis dudas, y seguí esperando los sucesos.

Un mes despues como nada nuevo vino á mejorar mi posicion, perdí completamente el ánimo y anuncié á Agata que me volvia al lado de mi madre que debia haber consumido sus últimos medios de existencia. A pesar de todo mi amor, no podia sacrificarla la vida de mi madre.

— Haced lo que queráis, me contestó, pero acordaos que yo no puedo conciliar el amor con la ausencia. Si os marchais todo está concluido entre nosotros.

Y me dejó bruscamente. Yo me fuí desesperado, pero decidido á cumplir con mi deber aun cuando me costase la vida.

Un incidente inesperado vino á cambiar mi resolucion. Al desnudarme encontré en el bolsillo de mi frazada una bolsita que contenia mil francos en oro.

Habria debido devolverla; pero como el viento del Mediodía que seca las flores aquel amor ardiente soplando en mi alma habia destruido en ella los sentimientos de orgullo y de delicadeza. Envié los mil francos á mi madre sin hablarle de su procedencia.

(Se continuará.)

Bombay.

Las calles de Bombay ofrecen siempre un espectáculo curioso y animado. — « De todos los países que he visitado en el curso de mi vida errante, dice el capitán Basilio Hall, no hay ninguno que pueda compararse á Bombay. Si se me preguntase donde se podría ver con mas prontitud y economía todo lo que caracteriza la fisonomía del mundo oriental, responderia sin titubear: Id á dar una vuelta por Bombay, permaneced allí una ó dos semanas, y cuando hayais hecho una excursion á las cereanías, á Elefanta, á Carli, á Ponah, tendréis una idea de todo lo mas curioso é interesante que encierra la India. »

Lo que contribuye á dar á esta ciudad un carácter tan original y tan variado, es la gran libertad de que goza la poblacion. Todas las formas religiosas reciben allí la misma proteccion, y conformándose á las leyes de la presidencia, todo el mundo goza de iguales privilegios. Así no hay en China, en Java, en las islas Filipinas, en Malaca, y aun en el interior de la India, una raza, un traje, una costumbre, una supersticion que no esté fielmente representada en Bombay. Los parsis, adoradores del fuego, los indios, los musulmanes, los judíos se cruzan á cada instante con los curas católicos portugueses, con los ministros ingleses y los armenios: las iglesias, los templos, las mezquitas, las pagodas envian á Dios las plegarias que tantas religiones diferentes hacen oír en sus diversas lenguas. Las calles son un panorama constante donde los cuadros mas variados se suceden sin interrupcion: los chinos, con su traje tartaro tan poco gracioso; los mercaderes persas que traen sus tesoros del valle de Kachmyr; los chalanés árabes, haciendo caracollear sus fogosos caballos; los indios de todas las razas, llevando sobre su frente los brillantes colores que los distinguen, y los musulmanes cuidadosamente cubiertos y graves bajo su ancho turbante.

Las mujeres vienen tambien á aumentar los encantos de este cuadro; habeis seguido con mirada interesante esta pobre mujer del pueblo, cuyo único vestido lo compone una tela gruesa rodeada al cuerpo: es una aguadora; pero el cántaro ó *chattie* que lleva sobre su cabeza, es de una forma elegante, y bajo los armoniosos pliegues de sus harapos, admiraréis una cintura esbelta y fina. Un ruido particular como los cascabeles de un caballo de posta, os hace volver la cabeza, pues es una madre de familias, que se pasea con sus niños, la que causa este rumor extraño. Además del enorme anillo que baja desde la nariz hasta la barba, tiene las piernas cubiertas, desde el tobillo hasta la rodilla, de sortijas de oro y plata; sus brazos están enteramente guarnecidos, y todo este adorno produce un ruido insostenible. Hasta sus pobres niños tienen que llevar tantos dijes, sortijas y cadenas, que apenas pueden moverse. Muchas de estas tiernas criaturas llevan encima toda la fortuna de su familia; lo que hace que frecuentemente muchas de ellas son víctimas de ladrones codiciosos de los tesoros á que los han encadenado sus imprudentes padres.

El execrable olor de la asafétida, con la que, por una singular anomalía, la mayor parte de los habitantes sazonan sus alimentos, es insufrible, sobre todo en los mercados. El calor es tambien excesivo, y los numerosos y encarnizados mosquitos devoran sobre todo á los europeos. Los búfalos de pelo azul y de mirada espantadiza, los bisontes con su enorme joroba entre los omoplatos, os cubrirán con frecuencia de barro; pero no hay espectáculo perfecto, no hay medalla que no tenga reverso.

En medio de esta poblacion compuesta de elementos tan distintos existe una raza que domina todas las demás; las de los parsis ó guebres, descendientes de los antiguos persas que emigraron á consecuencia de las invasiones de los mongoles. La piedad de estos discípulos de Zoroastro los reúne por las mañanas y tardes en la esplanada, donde ofrecen un espectáculo digno de admiracion. Apenas el alba comienza á aparecer cuando ya esperan con santo recogimiento el instante en que el astro del fuego, emblema de la divinidad, los salude con su primer rayo. Por la tarde se reúnen otra vez, y oran hasta el momento en que puesto el sol borra del Poniente su último reflejo purpurino. Cada casa de los parsis es un templo para su Dios, donde se alimenta constantemente con maderas olorosas el hogar encendido que le sirve de altar. Nunca su mano arrebató al fuego el alimento de que este se ha apoderado, y en los incendios se limitan á aislar la casa atacada y á dejar su parte á las llamas.

Consagrados al comercio como los judíos, los parsis son de una probidad ménos sospechosa, y en general son muy ricos. Han establecido manufacturas que prosperan, y arman multitud de buques. La mayor parte de las casas de comercio europeas tienen un socio parsis que ha suministrado los capitales. Son hombres activos é industrioses que se ayudan con todos sus recursos, sin abandonar jamás un miembro de su raza á la

caridad pública. Como prueba de su generosidad puede citarse el hecho de que durante el hambre que desoló la India en 1812, los parsis compraron algunos miles de sacos de arroz para los extranjeros, mucho antes que los residentes ingleses imitasen su ejemplo. Por lo demás es una hermosa raza. Sus facciones son regulares, sus ojos negros y penetrantes, su tez morena, su fisonomía franca é inteligente. Se afeitan con mucho cuidado, y no conservan mas que un pequeño bigote. Sus mujeres participan de todas sus cualidades físicas y morales; pero su poco cuidado ó mas bien su desaseo no las deja lucir su hermosura sino por un tiempo bastante limitado.

Capital de una presidencia que se extiende á lo largo de la costa de Malabar y que cuenta diferentes ciudades cuya poblacion excede de 100,000 almas, tales como Surat, Ahmedabad y Puna, Bombay es una ciudad grande y hermosa principiada á construir por los portugueses y terminada por los ingleses. Está situada sobre una pequeña isla de cerca de dos leguas de largo y una de ancho, y con las vecinas islas de Colaba, Salsete, Bacher, Caracayah y Elefanta, forma uno de los mas hermosos puertos de los mares de la India; sobre la prime-

ra de estas islas se eleva un faro á 150 piés sobre el nivel del mar, y esparce su luz hasta la distancia de siete leguas. Sus fortificaciones son consideradas como excesivamente sólidas del lado del puerto. Se encuentran en la ciudad algunos monumentos oficiales poco interesantes, como los cuarteles, el palacio del gobernador y la iglesia anglicana; pero en general las casas, aunque construidas en diversas épocas, lo han sido al gusto portugués, lo cual da á la ciudad un aspecto pobre comparativamente á Madrás y Calcuta. La parte llamada ciudad nueva está situada sobre un terreno llano y pantanoso, cuyo suelo es tan bajo que muchas casas se hallan al nivel del mar; esta fatal disposicion da origen á que en la época de las mareas altas, en la estacion de los monzones, no pueda comunicarse en ciertas calles sino por medio de lanchas, y compromete seriamente la salud de sus moradores. Por lo demás, á pesar de las aserciones contrarias de los ingleses, el clima es en extremo insalubre. En otro tiempo se calculaba en tres años el máximun de la vida del hombre que osaba fijar su residencia en esta isla.

Los inmensos cocoteros que antiguamente cubrian con su sombra la esplanada entre la ciudad inglesa y

Dungarce, que es el barrio donde se concentra la poblacion indígena, han desaparecido, así como el brazo de mar que separaba á Bombay de la isla Salsete, para convertirse en una magnífica calzada. Cada dia el aspecto pintoresco que tenia el país primitivamente desaparece ante las conquistas mas ó ménos felices de la civilizacion europea.

Se cree que Bombay debe su nombre á la diosa Moomba, á quien hay dedicado todavía un templo sobre su mismo suelo, ó al grito de alegría lanzado por los portugueses al admirar su excelente puerto (Bombahía). Esta isla la poseyeron esos primeros conquistadores de la India hasta 1662, en cuya época Carlos II, rey de Inglaterra la reclamó en propiedad como parte del dote de su mujer la reina.

En una época bien triste, en 1812, Bombay zanjó honrosamente una cuestion de economía política bastante difícil. El hambre asolaba la India á consecuencia de una invasion de langostas; la miseria fué espantosa, y Bombay fué asaltada por una nube de desgraciados que se acogian á sus muros hospitalarios, fiados en su riqueza y en su previsora administracion. La ciudad principió á inquietarse; tenia víveres para mas de un



Una calle de Bombay.

año; pero este aumento de poblacion acortaba el término considerablemente, y se pensó en cerrar el puerto á la exportacion de granos y á la emigracion extranjera. El gobierno se opuso á esta medida, y aun á la primera subida de precio. Hubo algunas dificultades; pero las entradas de granos aumentaron rápidamente, excediendo de mucho á las salidas; bajaron los precios y Bombay fué literalmente convertido en almacén y granero de la India. La miseria continuó haciendo estragos horribles; pero fué soportada con el heroísmo de los mártires. La muerte heria por todos lados, y en las plazas como en los demás sitios de la ciudad habia inmensos montones de arroz que quedaban noche y dia sin guardar, ni vigilantes, sin que un solo saco desapareciese.

La mortandad era horrible; pero cada indio encontraba algun individuo de su religion para amortajarle y quemar su cadáver en la playa Black-Bay, segun la costumbre inmemorial del país. En breve faltó el combustible funerario, dando origen á un triste comercio; un gran número de buques fueron muy léjos en busca de estas provisiones para las hogueras humanas, y cargados hasta la mitad del palo mayor de troncos secos y cortados á la medida conveniente, vinieron á colocarse en largas filas a algunas tocas de la orilla. A pesar de

la espesa columna de humo que se elevaba por encima de las copas de los mas altos cocoteros, las hogueras alumbraban la noche, y no sabemos cual de los dos espectáculos era mas espantoso, si los cadáveres medio devorados por las llamas, ó los indios que con ojos huidos y rostros macilentos alimentaban el fuego con un recogimiento silencioso.

No se puede salir de Bombay sin visitar el sepulcro de Victor Jacquemont, muerto en esta ciudad despues de tres años y medio de viajes por la India, de una enfermedad del hígado que le mató en pocas semanas, y en el momento mismo en que ya tenia puesto un pié sobre el buque que debia restituírle á su familia y á sus amigos. Ese hombre excelente que á sus vastos conocimientos reunia un valor á toda prueba, postrado en su lecho sin poder moverse para escribir con la pluma, trazaba con un lápiz estas palabras de adiós á su familia:

« Lo que hay de mas cruel al pensar en los seres que nos son queridos, en el instante de dejar la vida en estas apartadas regiones, es la idea de la soledad y del abandono en que pueden pasarse los últimos momentos de la existencia. Pues bien, amigo mio; tú encontrarás algun consuelo cuando te asegure que desde mi llegada he estado siempre colmado de las mas afectuosas y mas

tiernas atenciones por parte de una multitud de personas buenas y amables.... Felizmente mi enfermedad toca á su término, que puede serme fatal y aun probable tambien.... Lo que deseo es salir cuanto antes, de un modo ó de otro, del miserable estado en que hace un mes fluctúo entre la vida y la muerte.... Ya ves cómo mis ideas se hallan perfectamente claras. Como en general he calculado sobre lo peor, por eso no me han parecido nunca demasiado negras. Si el fin de mi vida se acerca, te aseguro que es dulce y tranquilo. Si estuvieras aquí sentado sobre el borde de mi cama, tú con nuestro padre y Federico, mi alma se llenaria de dolor y no veria llegar la muerte con esta resignacion y esta serenidad. »

Al transcribir estas líneas del jóven é ilustre sabio, yo tambien tengo necesidad de todo mi valor; porque esta vista de Bombay, copia imperfecta de la obra de un amigo muerto tambien bastante jóven, y estas notas, recuerdos de sus conversaciones, no pueden dar sino una ligera idea de los talentos verdaderos, del mérito y de la ciencia de Dupouy arrebatado tan prematuramente al arte y á la marina, sin haber tenido la gloria de dejar, como Jacquemont, una obra imperecedera.

E. Ch.